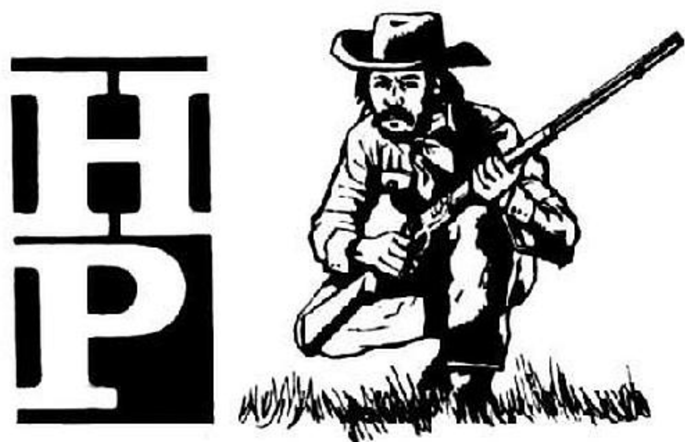


LA HIJA DEL VERDUGO

SILVER KANE



HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

LA HIJA DEL VERDUGO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 503
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 22365-1979

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: agosto, 1979

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

PRÓLOGO

El hombre se pasó una mano por los cabellos, que ya empezaban a blanquear, y murmuró:

—Dame la cuerda, Jezabel.

Jezabel, temblando, se la dio.

Era una cuerda gruesa, larga, en la cual no había todavía ningún nudo.

—No, ésa no —dijo el hombre, mientras se abrochaba las botas —. ¿Te has vuelto tonta? Quiero la que ya tiene el nudo hecho.

La pequeña se la entregó con manos inseguras.

Su figura desmedrada, algo pálida, de ojos enormes, se quedó mirando aquel objeto largo, aquella especie de serpiente de cáñamo que iba a servir para una ejecución.

Su padre había terminado de abrocharse las botas.

La contempló con curiosidad y gruñó:

—¿Qué miras?

—Nada…

El hombre se puso en pie. Era todavía alto y fuerte. Jezabel recordaba con mucha precisión los días en que aún parecía el hombre más alto y más fuerte del mundo. En cierto modo, aún creía que nadie podría vencer a su padre. ¡Pero las cosas estaban cambiando tanto!…

Miró hacia la ventana, poniéndose de puntillas, pues su pequeña estatura no le permitía ver de otro modo.

A través de los barrotes se distinguía el inmenso patio central de la prisión de Leavenworth. Un patio que hubiera estado del todo desierto de no ser por la horca que se alzaba tétricamente en su centro.

Su padre seguía mirándola con curiosidad.

—¿Cuántos años tienes ahora, Jezabel?

—¿Acaso no te acuerdas, papá?

—Verás… Desde que murió tu madre, el tiempo ha pasado sin que me diese cuenta. ¿Tienes nueve o diez?

—Diez.

—Pues parece mentira que no te hayas acostumbrado aún a esto.

—¿A qué?

—A las mañanas de ejecución. Todas son iguales. Un asesino ha sido sentenciado a muerte después de tener todas las garantías para defenderse, y alguien ha de acabar con él. Ese alguien soy yo. Lo he hecho muchas veces.

—Lo sé, papá.

—¿Entonces, de qué te asustas?

—¿Asustarme de qué?

—Cuando me has dado la cuerda, tus manos temblaban. Lo hubiese notado cualquiera.

—Es que…

Él la seguía mirando con curiosidad.

—¿Qué, Jezabel?

—Pienso que en ese lazo que tú tienes hecho y ensayado ha de caer el cuello de un hombre.

—Lo tengo ensayado precisamente para que el condenado sufra menos. Si el nudo se atascase, sería terrible para él.

—¿Cuánto… cuánto tarda en morir cada hombre que tú ahorcas?

Jezabel fingía mantenerse serena, pero temblaba cada vez más. No podía evitarlo.

—Pues… —Su padre hizo un gesto de indiferencia—. Bueno, una chica de diez años ya debe saber esas cosas. El condenado pierde el conocimiento enseguida, o sea, que para él es como si muriera al instante. Pero, en realidad, las cosas no son tan sencillas. Viene a tardar unos veinte minutos, a veces más. Hasta que su corazón se paraliza del todo, transcurre ese tiempo aproximadamente. Pero él no lo nota.

Jezabel volvió a temblar.

Sus hermosos y grandes ojos miraban con una especie de secreto terror aquella estancia donde su padre ensayaba nudos con mucha frecuencia y de donde se salía directamente al patio de la horca.

—Papá, cuando mamá vivía no hacías esto.

—¿Y qué quieres? De algo hay que vivir. Y éste es un buen empleo. Tú vives en un lugar seguro y puedes educarte.

—Educarme… en esto.

Su padre la miró con expresión de reproche.

—Eres aún demasiado chiquilla para juzgar. Más adelante comprenderás lo que es la vida. ¿Por qué no te gusta esto?

Las lágrimas casi saltaban ya a los ojos de Jezabel.

Conteniendo los sollozos, murmuró:

—No, no pienses eso… A mí… me gusta.

—Anda, desayuna y prepárate para ir a clase. Dentro de poco llegará la maestra.

—Es… está bien.

La pequeña Jezabel reconocía que habían vivido en sitios peores. En el territorio de Arizona, donde estaba enterrada su madre, tenían que defenderse muchas veces de los ataques de los indios. Ella, a los cinco años, ya aprendió a manejar un revólver. Nadie se preocupaba de enseñarle las primeras letras, y caso de haber tenido alguna enfermedad grave, hubiese muerto sin remedio porque allí no había ningún médico. Pero de todos modos, aquello le parecía mucho menos horrible que esto.

En Leavenworth se vivía siempre con la tensión de la muerte. Había ejecuciones con mucha frecuencia. Y ella tenía que ver casi todas las semanas, desde la ventana de su dormitorio, aquel lazo fatídico que su padre había hecho con sus propias manos y del cual colgaba un hombre.

El verdugo acarició la cuerda y miró su reloj.

—Aún faltan cinco minutos —dijo.

Jezabel volvió la cabeza.

—Papá, tenemos que irnos de aquí.

—¿Irnos? ¿Por qué?

—No me gusta esto. Yo quisiera volver a Arizona.

—¿Estás loca? ¡Aquél era un territorio salvaje! ¿Qué te falta aquí?

—No, no es eso… Es que… siempre vivo con miedo.

—¿De qué?

—Me parece que veo a los ahorcados continuamente.

—¡Bah, tonterías! Algún día verás una ejecución de cerca y

entonces dejarás de pensar en todo esto.

—Pero es que hay algo más, papá… La maestra siempre se burla de mí. Dice que debería avergonzarme de ser la hija del verdugo. Y a veces me pega.

—A esa maestra la arreglaré yo. Soy capaz de sujetarle el tobillo con la soga de un ahorcado y arrastrarla de ese modo. ¡Ya verá lo que es bueno!

—Deberíamos volvernos, papá.

—¡Deja de pensar en eso! ¡No quiero que lo repitas más!

—Es que aquí no he sido feliz nunca, papá. Bueno…, sólo lo he sido unas pocas semanas.

—¿Unas pocas semanas? ¿Cuándo?

—Cuando estaba aquí Terry.

El verdugo clavó en ella sus profundos ojos grises, con una mirada que la niña no comprendió.

—Terry… —dijo suavemente—. Más vale que te olvides de él, Jezabel.

—¿Por qué he de olvidarlo? Era el único amigo que tenía.

—Pero aquello ya pasó.

—Terry fue quien me enseñó a leer —dijo la pequeña, con vehemencia—. No esa sucia maestra. Terry me hacía dibujos para que yo aprendiera las letras. Y me explicaba historias. Yo no he vuelto a reír desde que él se marchó.

La mirada de su padre seguía siendo extraña. Parecía flotar en el vacío de la habitación.

—Repito que debes olvidarte de él.

—¡Y yo repito que es el único amigo que he tenido!

Su padre movió violentamente la mano derecha. Estuvo a punto de golpearla, pero en el último instante, se contuvo.

—Siempre te dije que Terry acabaría mal —dijo, con una sorprendente calma—. Era un muchacho de gatillo fácil. Lo que se dice un pistolero.

La sujetó por un hombro y ordenó:

—¡Vete al colegio enseguida!

—No quiero ir esta mañana, papá.

—¿Y por qué no?

—Los días de ejecución tú me dejas quedarme en casa.

—Hoy es distinto.

—¿Por qué motivo?

—Estás olvidando todo lo que aprendiste. Vamos, debes ir al colegio…, ¡y no me hagas hablar más!

El golpe que propinó a Jezabel fue tan fuerte, que derribó a la niña por el suelo. Ésta quedó tan sorprendida, que no tuvo fuerzas ni para llorar. Miró a su padre con asombro porque él nunca la había golpeado de aquella manera.

—¡Pobre de ti si faltas! ¡Haré que te acuerdes! —gritó furiosamente el hombre.

Por unos momentos parecía estar fuera de sí.

Dio otra bofetada a Jezabel y salió de la pequeña casa.

Debía ser la hora de la ejecución, porque el tiempo había transcurrido sin que se dieran cuenta.

La puerta retembló al cerrarse.

Jezabel se levantó poco a poco y miró por la ventana, sintiendo que todo su cuerpo temblaba. Vio que en el enorme patio se habían congregado unas veinte personas, todas en torno al rectángulo que formaba el patíbulo. Había visto aquello bastantes veces, pero, lejos de acostumbrarse, cada vez se sentía más impresionada. Sabía que era algo que no podría resistir; que acabaría volviéndose loca.

A sus diez años, Jezabel tenía pensamientos de mujer. Y es que había vivido más a su edad que muchas señoritas a punto de casarse.

Vio confusamente pasar al condenado. Los guardianes siempre lo tapaban, de modo que la niña apenas distinguió un poco su silueta. Luego, cuando lo subieron al patíbulo, la distancia era ya demasiado grande.

Distinguía, en cambio, perfectamente a su padre.

Éste sujetó bien la cuerda a la argolla y luego pasó el lazo por el cuello del condenado.

Transcurrieron unos minutos inacabables, eternos.

Eran aquellos minutos los que más horrorizaban a Jezabel. Trataba de ponerse en el lugar del condenado y adivinaba sus pensamientos. Luego llegaba hasta ella aquel rumor indefinible de la muchedumbre, indicador de que la sentencia se había cumplido.

Esta vez ocurrió igual.

Quizá el tiempo de espera fue más largo, amenazando con romper el difícil equilibrio de los nervios de la niña.

De repente se oyó el chasquido de la trampilla al abrirse. Nunca Jezabel lo había oído con tanta claridad, rompiendo el silencio espectral de la mañana.

Se oyó un rumor. Y después, otra vez se hizo un espantoso silencio.

Los minutos transcurrieron con agobiante lentitud. A pesar de lo que le había dicho su padre, Jezabel pensaba en el condenado. ¿Se daría él cuenta de que estaba muriendo? ¿No habría perdido el conocimiento del todo? ¿Sufriría con la presión agobiante de la cuerda?

Al cabo de unos diez minutos, el grupo se fue disolviendo. No había duda de que el médico acababa de certificar la defunción.

Su padre regresó poco a poco a la casa, y entonces ella se ocultó bajo la cama.

Tenía miedo de que la sorprendiese allí. De que supiera que no había ido con la maestra.

Su padre llegaba con otro hombre. Oyó que los dos trajinaban y se servían una copa de licor.

—Larga la ejecución, ¿eh?

—¡Bah! Normal.

—¿Ha sufrido el condenado?

—No creo. Aunque el nudo no ha sido tan fino como otras veces.

Se oyó un tintineo de vasos.

—A tu salud…

—A la tuya.

Luego, silencio. Y por fin, una pregunta:

—¿Y tu hija?

—Debe haber ido a la escuela del penal.

—Esto es triste para ella, ¿no?

—¿Por qué ha de serlo?

—Hombre, no sé, pero…

—Aquí se educa al menos. Donde estaba antes, nadie podía preocuparse de ella.

—Pero no sale de este penal. Y hay que tener en cuenta que es el más grande de Estados Unidos.

—Bah, no pienses más en ella. Esto le conviene, a pesar de todo. No saldrá de aquí si no es para casarse.

Jezabel, debajo del lecho, se estremeció.

Imaginaba los años interminables que aún debería pasar en aquel ambiente. Unos años que sería incapaz de soportar.

Sólo recordaba una racha feliz en su vida: cuando Terry, el muchacho a quien su padre tuvo hospedado una temporada, le enseñaba a leer y le contaba hermosas historias. Y sólo recordaba una racha consoladora: Cuando cada día visitaba la tumba de su madre, allá en la lejana Arizona. Una tumba que ahora parecía estar en el fin del mundo…

¿Es que nunca podría salir de allí? ¿Es que siempre tendría que soportar aquello?

Oyó claramente la voz de su padre.

—Bueno, voy a dar un paseo a caballo. Creo que necesito calmar los nervios.

—Te acompañaré.

—Okay.

—¿Hasta cuándo tiene que estar expuesto el ahorcado?

—Lo tendremos unas cuatro horas. Luego, yo mismo, cuando regrese, lo descolgaré y le daré sepultura.

Se oyó otra vez el ruido de la puerta.

Los dos hombres habían salido.

La pequeña asomó poco a poco por debajo de la cama su asustada cara. Había intentado mantenerse serena, pero las lágrimas seguían quemando en sus ojos. Miró el solemne reloj de pared que colgaba junto a la ventana.

La maestra aún tardaría unas tres horas en denunciar que no había ido a clase. Mientras tanto, ella correría libremente por los campos, intentando calmarse. No sabía lo que le ocurría esa mañana, pero de ningún modo hubiera podido resistir el estar encerrada en ningún sitio.

La casa donde vivían tenía dos puertas.

Una daba directamente al patio de las ejecuciones de Leavenworth. La otra, a los campos.

Jezabel, no supo por qué, eligió la que daba al patio.

Una inexplicable curiosidad la dominaba. Quería ver a aquel hombre, que quizá había sufrido más que los otros en el momento de morir.

Su padre le tenía prohibido que se acercase a los ahorcados, pero ahora nadie podía vigilarla.

El patio estaba vacío. Nadie parecía acordarse del cadáver ya. Una ejecución era en Leavenworth un acto tan rutinario que ya nadie le daba importancia. Un cadáver podía haber estado allí diez días, sin que se le prestase especial atención, a no ser por el verdugo, que lo retiraba a las pocas horas y lo entregaba a los familiares, o le daba sepultura si nadie reclamaba el cuerpo.

La pequeña Jezabel se acercó al patíbulo.

Sus cabellos rubios recibían directamente los rayos del sol. Brillaban como una alegre mancha de oro en aquel recinto de muerte.

Y de pronto quedó paralizada.

La sangre se le heló en las venas.

Porque el hombre que colgaba de la cuerda… ¡era Terry, el único amigo que ella tuvo en su vida!

Jezabel estuvo a punto de lanzar un grito, pero ni para eso tuvo fuerzas.

La garganta se le había quedado seca. Sus rodillas estaban a punto de ceder.

Recordaba vagamente las palabras de su padre: «Terry era un muchacho de gatillo fácil, es decir, un pistolero. Tenía que acabar mal».

Pero los ojos de Terry parecían mirarla.

Parecían mirarla como cuando vivía en su misma casa, le enseñaba a leer y le contaba hermosas historias cada noche.

Jezabel sentía que se ahogaba.

Al no poder gritar, el aire faltaba a sus pulmones. De repente sintió como un choque, y el alarido espantoso de su propia garganta la hizo estremecer. Dio media vuelta y echó a correr como una loca hacia su casa.

Una voz gritó a lo lejos:

—¡Eh, pequeña! ¿Pero qué te pasa? ¡Vuelve! ¡Avisaré a tu padre!

Aquello aún dio más miedo a Jezabel. ¡Avisar a su padre! ¡Permanecer toda la vida encerrada en Leavenworth! ¡Seguir siempre así!

Atravesó su casa y salió por la otra puerta, por la que daba a los campos.

Un ciego impulso la dominaba. Era como ese impulso invencible que hace desbocarse a los caballos o que entre las reses provoca las

estampidas. Corría como una loca, como no había corrido nunca, llenando sus pulmones de aire, del aire limpio y fresco de la libertad.

Sus piernas parecían de acero.

Ningún cansancio la vencía. Daba la sensación de que había sido drogada. Parecía increíble que una niña de aquella edad pudiese correr así.

El penal de Leavenworth iba quedando a lo lejos.

Nadie la perseguía, nadie daba importancia a su fuga, que creían era producto de un miedo pasajero.

Hasta que Jezabel cayó a tierra, jadeante, desfallecida. Pero al cabo de algunos minutos, volvió a continuar. Sus ojos, extraviados, eran como los de una loca.

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Jezabel! ¿Estás ahí, Jezabel?

—Sí, mamá.

La puerta se abrió y Jezabel entró en el salón lujosamente decorado, dejándose caer en una de las butacas de raso.

—¡Estás preciosa!...

La mujer que se abrochaba el vestido rió complacida.

—¡Tú sí que estás preciosa, Jezabel! ¡Si yo tuviera tu edad!...

—Pero si tú eres muy joven, mamá... Y estás más bonita que yo. ¡Mucha gente lo dice!

La mujer se sentó en la butaca frontera, junto al ventanal lujosamente adornado.

—Yo ya tengo treinta y cinco años, Jezabel.

—No los aparentas.

La mujer sonrió de nuevo.

No, la verdad era que no aparentaba aquella edad. Elegante como iba, bien cuidada, bien maquillada, se la hubiera podido confundir con una muchacha casadera de, por ejemplo, veinticuatro años.

Elena Dawson se cuidaba, eso sí. Tenía a su servicio exclusivo una peluquera, una manicura y una masajista. Su cuantiosa fortuna le permitía esos lujos y muchos más.

—¿Tú qué edad tienes ahora, Jezabel?

—Acabo de cumplir los dieciocho.

—Ésa es una maravillosa edad. ¡Y tú eres tan bonita!

Las dos mujeres se miraron a los ojos.

Nadie hubiera podido conocer en la maravillosa Jezabel de hoy a la desmedrada y miedosa niña de ocho años antes. Ahora era una auténtica señorita vestida con gracia, con elegancia, con distinción.

Cualquiera que la viese pensaría que por fuerza había tenido que nacer en cuna de seda.

Elena Dawson se miraba en el espejo.

—¿Crees que este vestido me sienta bien?

—Estás maravillosa.

—¿Sabes una cosa, Jezabel? Tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—Creo que soy muy mayor para casarme ahora.

—Ya te he dicho que pareces una jovencita.

—Pero él es más joven que yo.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintidós.

Jezabel se mordió un momento el labio inferior.

—Me gustaría conocerle —dijo—. Yo también tengo miedo, Elena, pero es de otra cosa.

—¿De qué?

—Quizá ese hombre sólo piense en el dinero al casarse contigo.

Elena Dawson quedó pensativa unos instantes.

Así, reflexionando, parecía una mujer mayor, pero de pronto rompió en una alegre y juvenil carcajada.

—En realidad, todos los hombres dan miedo —dijo, sin querer comprometerse—. ¿Así crees que me sienta bien el vestido de novia?

—Te sienta divinamente.

—Me alegra que pienses así, porque tú eres una chica de buen gusto. Y ahora ayúdame a quitármelo, por favor. No me lo volveré a poner hasta el día de la boda.

Jezabel la ayudó a desprenderse de su maravilloso vestido de tul ilusión. Entre las dos lo colocaron con muchísimo cuidado sobre el maniquí. Luego, Elena Dawson se ciñó una bata sobre sus esculturales formas.

—¿Querrás ir a buscar mis guantes? —preguntó.

—Sí, claro.

—Me los han hecho a la medida. Sólo tienes que preguntar por ellos a la señora Robinson. Pero si te molesta ir a la ciudad, enviaré a una sirvienta.

—Al contrario. Ir a la ciudad me gusta, mamá.

—Ten mucho cuidado. A veces ocurren cosas raras allí.

—Al contrario… ¡Si allí nunca ocurre nada!… Además, la gente me respeta.

—Entonces, ve a por ellos, Jezabel. Pero no tardes.

—Descuida, mamá.

La muchacha salió.

No, definitivamente, nada había en común entre la Jezabel de hoy y la de ocho años antes.

Ahora tenía unas formas esculturales y estaba pletórica de juventud y de vida. Vestía con elegancia, comía lo que necesitaba y hacía vida sana y ejercicio. Era posible que en todo el norte de Arizona no hubiese una muchacha como ella.

Jezabel fue a su habitación y se cambió de ropas, vistiéndose unas prendas masculinas aptas para montar a caballo.

A través de su ventana, veía los campos verdes y ubérrimos del rancho. El rancho de Patricia Dawson, el mejor de Arizona… Las tierras más ricas con que se podía soñar.

Todo había cambiado mucho en ocho años, pero los dos árboles junto al riachuelo aún tenían el mismo aspecto. Ella siempre recordaría aquellos dos árboles, y no pasaba día sin que posase su mirada en ellos.

Porque allí fue donde la encontraron los hombres de Elena Dawson ocho años antes. Allí la recogieron convertida en un esqueleto que apenas respiraba.

Jezabel se dirigió a la cuadra.

—Buenos días, señorita.

—Hola, Joe.

—¿Le preparo a «Pinto»?

—No. «Pinto» estaba muy nervioso ayer, y me temo que continúe igual. Prepárame a «Oscar».

—Como quiera, señorita.

Joe se apresuró a servirla, para complacerla.

Todos la servían allí. La muchacha había de reconocer que vivía como una reina.

Acarició la herradura que colgaba de la puerta de la cuadra.

Aquella herradura la había encontrado ella ocho años antes, cuando estaba a punto de morir. Pero pensó que le daría buena suerte y la retuvo en su poder. Aquella herradura era ahora como un símbolo, como el símbolo de su vida nueva.

—Aquí lo tiene, señorita.

Ella montó de un salto sobre «Oscar», un caballo inmaculadamente blanco.

—¿Va a la ciudad?

—Ajá.

—Tenga cuidado. Me parece que antes he oído dispares de revólver.

—¿Disparos? Será algún borracho o alguien que celebrará el nacimiento de su décimo hijo. Allí nunca ocurre nada.

—Mejor, señorita Jezabel.

Joe, el encargado de las cuadras, la siguió con la mirada mientras ella se alejaba al galope.

Jezabel lo sabía. Estaba segura de que todos los hombres del rancho la deseaban y todos la seguían con la mirada apenas ella volvía la espalda. Pero se guardarían muy mucho de decirle una sola palabra ofensiva. Ni a ella, ni a Elena Dawson, la dueña absoluta, que gobernaba aquel imperio con mano de hierro.

Pasó junto a los dos árboles, y una nostálgica sonrisa se dibujó en sus labios.

¡Había cambiado todo tanto desde entonces!

Cuando ella huyó de Leavenworth, lo recordaba perfectamente, estuvo dos días sin comer y dos noches sin dormir, oculta entre unos zarzales. Oía los gritos de los que la buscaban, entre ellos los de su propio padre. Pero no la encontraron.

Luego, ella vagó sin rumbo por la inmensa llanura, hasta que topó con una caravana. Explicó una historia falsa e hizo que la recogieran. Con la caravana se dirigió hacia el Pacífico, hacia la remota California.

Pero Jezabel no quería llegar tan lejos. Jezabel solo tenía una obsesión, que era la de alcanzar la tierra donde antes habían vivido. Regresar junto a la ignorada tumba de su madre.

Un ataque indio le dio la oportunidad para alejarse de la caravana aun antes de quererlo. Hubo una matanza y ella escapó por verdadero milagro, dejándose caer por un barranco a bordo de un carromato incendiado. Luego empezó otra vez el vagabundeo sin esperanza, por una tierra salvaje y hostil.

Hasta que vio aquella tierra verde e instintivamente caminó por ella. Hasta que vio aquellos árboles.

Fue entonces cuando todo empezó a dar vueltas en torno suyo y cuando cayó sin fuerzas. Fue entonces cuando dio un giro completo la rueda de su destino.

Jezabel cabalgaba alegremente hacia la ciudad. En realidad, todo era alegre ahora en su vida.

Recordaba la primera vez que vio a Elena Dawson, al recobrar el conocimiento. Le pareció la mujer más bonita que había visto jamás, y por un momento le pareció estar contemplando de nuevo a su madre. De una forma inconsciente, había pronunciado aquella palabra:

—Mamá…

¿Fue eso lo que conmovió a aquella mujer de hierro que era Elena Dawson? ¿Fue eso lo que le hizo considerarla, a partir de aquel momento, como si realmente fueran madre e hija?

A Elena le gustaba que ella la llamase «mamá». Y Jezabel la complacía gustosamente.

A veces le parecía, incluso, que aquella hermosa mujer era verdaderamente su madre. Y Elena se hacía la ilusión de que era así, de que Jezabel no recordaba su origen.

Quizá por eso no hablaban jamás del pasado, como si desearan mantener aquella ilusión. La suprema ilusión de que eran madre e hija.

Jezabel pasó junto a un lugar umbrío, más allá del riachuelo.

Sus ojos se cargaron de nostalgia al ver un pedazo de tierra lleno ya de hierbas y zarzales, pero de entre los cuales aún emergía una tosca cruz de madera.

Allí reposaba su verdadera madre.

Porque Jezabel, guiada por ese misterioso instinto que tienen los animales y a veces también los niños, había regresado a su lugar de origen. Había regresado al único sitio donde un día fue feliz.

Aquella voz ronca cortó sus pensamientos.

—¡Eh, Jezabel!

La muchacha volvió la cabeza.

El hombre que se acercaba a ella, montado en un caballo canela, era, aproximadamente, de la edad de Elena Dawson. También podía permitirse el lujo de cuidarse, de modo que se conservaba muy bien. Vestía con elegancia y llevaba un revólver.

—Jezabel…

Ella sonrió.

—Hola, señor Talbot.

—Supongo que tu madre no se enfadará por el hecho de que esté en sus tierras.

—¿Cómo va a enfadarse? Usted es tan rico como ella.

Talbot se rascó una oreja.

—Ésa es la única verdad de todo este maldito lío —murmuró—. Porque me han dicho una cosa, Jezabel.

—¿Qué?

—Que tu madre va a casarse.

—Pues…

—Y con un desconocido.

Jezabel se mordió el labio inferior, sin atreverse a contestar.

Le daba miedo mentir a Talbot, pero más miedo le daba desengañarle diciéndole la verdad. Porque Talbot resultaba muy peligroso, y su genio era muy temible.

Había matado a más de un hombre en arranques de ira.

Y era muy capaz de atentar incluso contra la propia Elena Dawson si sabía que ésta le rechazaba definitivamente.

Incluso algunas angustiosas sospechas flotaban en este momento por el ánimo de Jezabel.

No estaba segura, desde luego, pero ella diría que dos atentados de los que Elena salió viva por milagro habían sido obra de Talbot, a raíz de decirle la dueña del rancho que nunca se casaría con él.

—Oiga, señor Talbot —dijo de repente—, usted tiene mucho interés en que se unan ambos ranchos.

—Claro… Sería lo mejor de Arizona.

—Pero debe hacerse cargo de que mi madre tiene sus propios ideales, sus propios sentimientos. Ella, quizá, no piense como usted.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que ella no quiera un rancho más grande.

—Con ello quieres decir que mis sospechas son ciertas.

—No sé si va a casarse o no.

Estuvo a punto de decir la verdad, a punto de decir que le había visto probarse incluso su vestido de bodas, pero no se atrevió.

—En todo caso —dijo—, ésa es una decisión suya, señor Talbot —murmuró—. Nadie tiene derecho a discutírselo.

—Pero lo que no entiendo es eso que dicen: que vaya a casarse

con un desconocido.

—Yo tampoco —susurró la muchacha.

Y esta vez era absolutamente sincera.

Resultaba incomprensible aquella decisión de Elena de casarse con un hombre al que ni siquiera había visto nunca.

Los dientes de Talbot rechinaron.

—Ahora me dirigía al rancho a verla —murmuró—, pero prefiero que le digas tú lo que yo pensaba decirle, Jezabel.

—¿Qué es?

—Advertirle una cosa: Que si me desprecia hasta ese extremo, soy capaz de matarla. Y conste que jamás he hablado en broma.

Jezabel se estremeció.

Veía algo febril en los ojos de Talbot, algo tan peligroso que no pudo soportarlo, y tuvo que desviar la mirada.

Ahora no le cabía ya duda de que él había intentado matar a Elena dos veces. Y lo intentaría una tercera vez. Y una cuarta, hasta que lo consiguiese.

—Yo no quiero decirle esa tontería, señor Talbot —logró murmurar, fingiendo una serenidad que estaba muy lejos de sentir.

—Pues entonces, peor para ella. Porque morirá sin estar advertida.

Talbot hizo dar media vuelta a su caballo y picó espuelas brutalmente. El castigado animal relinchó.

Instantes después se había perdido entre la espesura, pero Jezabel aún sentía sus últimas palabras como alfileres clavados en el cráneo.

Sabía que Talbot no amenazaba en vano. Y que cumpliría su amenaza.

CAPÍTULO II

La ciudad no tenía el aspecto de siempre. Se notaba a la gente desasosegada, inquieta.

Del saloon, cosa extraña, no entraba ni salía nadie. Y, sin embargo, en el interior había gente; eso se notaba.

Jezabel se apeó de su caballo y lo sujetó en el amarradero que había frente al General Store.

Apenas nadie pasaba por la calle.

Todo tenía un aspecto absurdo e increíble. Parecía que a la ciudad la hubiesen cambiado.

Entró en la tienda contigua al almacén, donde se vendían prendas femeninas de calidad.

—Buenos días, señora Dover.

—Hola, Jezabel… ¿Has venido tú?

—Ya ve…

—¿Y cómo se te ha ocurrido?

—¿Y por qué no se me había de ocurrir? He venido a esta ciudad docenas de veces. ¿Qué ocurre?

—¿No has notado nada?

—Sí. Que no hay apenas gente por la calle.

—Corres peligro. Recoge los guantes y márchate de aquí enseguida, sin perder un minuto.

—¿Pero por qué?… Crea que no entiendo nada.

—Ha llegado Wynman.

La muchacha arqueó una ceja.

—¿Wynman?

—No me digas que no lo has oído nombrar.

—Ah, sí… No lo recuerdo muy bien, pero me parece que es un pistolero, ¿verdad?

—Decir que es un pistolero es no decir nada. Acertarás más si piensas que es un asesino.

—Bueno, conmigo no tiene por qué meterse.

—Te equivocas. Le gustan las chicas finas como tú.

Jezabel sonrió.

No sabía por qué, pero no tenía miedo a los asesinos. Quizá porque había visto a muchos de ellos colgados en Leavenworth y sabía que en sus últimas horas habían chillado de terror. Su padre, el verdugo, le demostró que muchos de ellos no eran más que pobres hombres.

—Envuélvame los guantes, por favor.

—Toma, aquí tienes.

—Gracias.

Cuando ya estaba casi en la puerta, la señora Dover murmuró:

—Una cosa, Jezabel.

—Diga.

—¿Tú tampoco conoces al prometido de tu madre?

—Pues… no.

—Hay cosas que no entiendo, muchacha. ¿A qué le viene ahora casarse con esa prisa?

—Yo respeto los sentimientos de mi madre. Ella es una mujer con gran personalidad. Resulta distinta de las otras.

—Yo también la respeto. Es una gran mujer… No te puedes imaginar tú lo que ha luchado para llegar a ser quien es. Pero casarse con un desconocido es cosa de locos.

—Ella debe conocerlo, digo yo.

—Pero no te ha enseñado ni un retrato suyo.

—No.

La señora Dover suspiró.

—Este mundo está peor cada día… Cualquier noche de éstas me entrarán ganas de escaparme con un muchacho de veinte años. Bueno, adiós, Jezabel. Y ten cuidado.

—Lo tendré, no se preocupe.

La muchacha salió a la calle. Estaba tan solitaria como antes; quizá más.

Fue a desamarrar su caballo y entonces vio salir a aquel hombre del saloon. Era un tipo alto, delgado, con los ojos sanguinolentos. Sólo al verlo, y al fijarse en su manera de llevar el revólver, ya se

pensaba, sin que se supiera por qué, en la violencia y en la muerte.

Jezabel decidió no mirarle.

Mejor no hacer caso a un tipo así. Que se fuera al diablo.

Pero el tipo en cuestión sí que había decidido hacer caso de ella. Contoneándose, se acercó poco a poco.

Se apoyó en una de las columnas del porche y apoyó los pulgares en su cinturón.

No dijo una palabra.

Sólo tenía los ojos clavados en la muchacha, que se disponía a montar. Aunque quería obrar con naturalidad y disimular los relieves de su cuerpo, Jezabel no conseguía ocultar dos cosas: que estaba nerviosa y que sus curvas eran de lo más atractivo que se había visto nunca en aquella ciudad.

El tipo dijo al fin:

—No te vayas, nena.

Jezabel no contestó.

Terminó de montar.

—He dicho que no te vayas, nena.

La muchacha siguió sin mirarle. Hacía igual que si no le oyera. Giró el caballo y se dispuso a partir.

«Oscar» estaba impaciente.

Quería ya reemprender el galope.

Dio un par de pasos, y entonces el individuo movió la mano derecha.

La movió perezosamente y como sin dar importancia a aquello, pero verdaderamente su velocidad al «sacar» resultó escalofriante. De un solo disparo atravesó la cabeza del caballo.

El noble animal cayó a tierra, fulminado, mientras Jezabel salía despedida, lanzando un grito:

El hombre masculló:

—Te había dicho que no te fueras…

Jezabel se había puesto en pie. Con los ojos llameantes y los puños apretados en actitud de desafío, gritó:

—¡Canalla! ¡Asesino! ¡El que mata a un caballo así no es más que un sucio cobarde!

—Te advertí, preciosa. Y Wynman nunca habla en vano.

La muchacha quedó con la boca abierta.

—Wynman…

—Te habían dicho que estaba aquí, ¿no?
—Me habían dicho que la ciudad olía mal.
El pistolero sonrió de una forma extraña.
—Eres muy atrevida… para estar tan apetitosa.
—¡Déjeme en paz! ¡Y agradezca que no le haga cargar con mi caballo hasta el rancho, para enterrarlo!
—Me gusta tu carácter.
—¡Muy bien! ¡Pues sueñe con él esta noche! ¡Y ahora váyase al infierno de una maldita vez!
—Soñaremos juntos, preciosa.
Ella hizo un gesto despectivo, aunque en realidad estaba temblando por dentro. Porque en la ciudad no había comisario ni nadie que pudiese defenderla. Todos los hombres de su rancho estaban demasiado lejos.
—Bah… —gruñó.
—¿Cómo te llamas? —farfulló Wynman.
—Jezabel.
—El nombre es tan bonito como tú.
Ella iba a irse, pero se detuvo cuando Wynman murmuró:
—Ven, Jezabel…
En su voz había algo susurrante, magnético. La muchacha se detuvo.
—Acércate…
Ella se aproximó. Por unos momentos, produjo la extraña, la increíble sensación de que estaba hipnotizada.
—Acércate más…
Ella se aproximó hasta llegar a un paso.
Y de pronto, el extraño hechizo se rompió. Porque cuando más seguro estaba Wynman de haber sugestionado a la muchacha con su presencia, ella movió la mano derecha y le clavó dos terribles bofetadas en plena cara. Wynman quedó como petrificado.
Nunca le había ocurrido algo así. Sus dientes rechinaron de rabia mal contenida.
Fue a sujetar a la muchacha, para zarandearla, y de pronto, una voz dijo calmosamente:
—Déjala. Que le vas a arrugar el vestido, bestia…
Wynman se volvió repentinamente, mientras Jezabel se apartaba.

El hombre que acababa de hablarle así era tan alto como el pistolero, pero más cuadrado y atlético. Es decir, no daba sensación de delgadez. Tenía unos puños grandes como mazas y un pecho de gigante. Sus facciones eran recias, y ojos negros.

También llevaba un revólver.

Wynman le miró de arriba abajo.

Era evidente que no le conocía.

Y era evidente también que no comprendía cómo aquel tipo podía haberse atrevido con él, que llevaba siete muescas en el revólver, contando solo las que había ganado en desafíos cara a cara. Porque matando por la espalda, era ya otro cantar.

—¿Quién eres? —masculló.

—Me llamo Red.

—¿Y de dónde vienes?

—De allí. —Y señalaba hacia el Este.

—¿Qué es allí?

—Texas.

—Pues vuélvete a tu tierra, amigo. Vuélvete si no quieres quedarte para siempre en Arizona.

—Me parece muy bien, siempre y cuando dejes en paz a esa muchacha.

—Eso a ti no te importa.

—Verás… Me importa mucho.

—No dirás que te gusta…

—La verdad es que me gustaba más su caballo y tú lo has matado. Eso me fastidia, Wynman.

El pistolero se acarició el mentón con la mano izquierda.

—¿Es que pretendes enseñarme lo que tengo que hacer?

—Claro que sí, hombre… Quiero enseñarte tu camino.

—¿Y cuál es mi camino?

—El del cementerio.

Wynman lanzó un rugido.

Después de aquellas palabras ya estaba dicho todo. Ya no podía dudar ni una décima de segundo.

Y no dudó.

Su derecha voló hacia el revólver, teniendo la sensación de que Red, además, estaba desprevenido.

Red no había perdido aún la enigmática sonrisa que desde el

primer momento flotaba en sus labios. No la perdió ni en el momento de «sacar».

Su gesto fue increíblemente fácil. Increíblemente rápido.

Sonó una sola detonación, y Wynman cayó hacia atrás con la mandíbula atravesada, mientras una expresión de pasmo se dibujaba en su rostro. Murió sin creer aún que le habían alcanzado. Dio una grotesca voltereta y quedó por unos instantes sentado en tierra. Luego cayó de espaldas para no levantarse más.

Red volteó el revólver antes de guardarlo.

Luego dijo suavemente:

—Lo siento, señorita, quizá le ha molestado el ruido…

Y se largó.

Jezabel nunca había visto a un tipo tan extraño como aquél. Fue ella la que tuvo que llamarle:

—Oiga…

Red se volvió.

—¿Necesita algo?

—Creo que debería darle las gracias.

—Oh, no piense en ello. Además, cuanto menos la vea, mejor.

Jezabel se sorprendió. Hasta se ofendió un poco sin quererlo.

—¿Mejor? ¿Por qué?

—Porque es usted demasiado bonita y me pongo de mal humor. No me gusta ver a las chicas guapas que luego han de ser de otro.

—¿Qué significa eso de que he de ser de otro?

Había algunas personas ya escuchando aquella conversación, pero Jezabel, ni se daba cuenta. La extraña personalidad de aquel tipo llamado Red parecía haber embargado sus sentidos.

—¿No está prometida? —preguntó él.

—No…

—Eso es distinto. ¿Por qué no permite que la acompañe en mi caballo? El suyo no creo que galope ya muy bien…

—Nunca perdonaré a ese tipo lo… lo que ha hecho.

—Ahora ya puede perdonarle. No se preocupe. No lo volverá a repetir…

Lanzó un silbido, y un caballo pinto se acercó alegremente al trote.

—¿Puedo serle útil? —preguntó Red a la muchacha.

—Sí. Le agradecería que me llevara hasta mi rancho. Es decir, si

no tiene nada más importante que hacer.

—Yo estoy a sus órdenes. De momento no tengo ninguna clase de trabajo —dijo alegremente Red.

Ella le miró con curiosidad.

¿Sería, quizá, un cínico? ¿O uno de esos tipos que viven de explotar a las mujeres?

La verdad era que no lo parecía.

Su sonrisa resultaba cordial y agradable. Era de esas sonrisas que llegan a ser contagiosas.

—De acuerdo —dijo.

Antes de subir a la grupa del caballo, miró a dos de los hombres que estaban más cerca.

—Recojan a «Oscar», por favor, y denle un entierro digno. A este tipo, entiérrenlo también; pero pueden hacerlo en un estercolero. Yo correré con todos los gastos.

—No faltaba más, señorita.

Ella saltó ágilmente a la grupa del caballo.

Cuando hubieron salido de la población, él comentó:

—Vaya… Parece que tiene usted ahí mucha influencia.

—¿Por qué lo dice?

—He visto que todo el mundo le hacía caso.

—Mi madre es rica y respetada.

—Ah, entonces lo comprendo muy bien. ¿Usted cómo se llama?

—Jezabel.

—Es un precioso nombre. ¿Vive muy lejos?

—Si no le gusta galopar ahora, puede dejarme donde le plazca.

—No sea suspicaz. Ya le he dicho que estoy encantado de llevarla. ¿Pero cuál es su rancho?

Jezabel señaló con un dedo las verdes tierras que serpenteaban de colina a colina, y más allá de las cuales se abrían pastizales más verdes aún.

—Véalo.

—Maravilloso… ¿Y cómo se llama?

—No tiene nombre especial. Casi todos le llaman La Esmeralda, por el verde de sus campos. Pero el nombre de mi madre es Elena Dawson.

El joven dijo inexpresivamente:

—Ah, ya…

—¿No la ha oído nombrar?

—Sí. Todo el mundo, al parecer, conoce a su madre.

Galoparon en silencio durante largos minutos. Cuando ya estaban a la vista de los magníficos edificios del rancho, Jezabel murmuró:

—Le presentaré a mi madre y se quedará a comer con nosotros. Creo que es lo menos que puedo hacer.

—No se moleste…

—¡Pero si le gustará mucho!…

—Nunca acepté invitaciones. Es una costumbre.

La muchacha se creyó obligada a insistir.

—Se lo ruego. Red.

—Por favor, no lo tome a mal, pero nunca acepto invitaciones de nadie. Soy un tipo algo extraño.

—¿No quiere que, al menos, le presente a mi madre?

—No hace falta que se moleste.

—Bueno, como quiera…

—La dejaré aquí.

—¿No viene al menos hasta el edificio?

—Quizá tuviera que contestar a muchas preguntas y… Bueno, ya le he dicho que soy un tipo algo extraño. Buenos días, Jezabel.

Detuvo el caballo, y ella se apeó a cierta distancia de la casa. Le estrechó la mano.

—Gracias, Red.

—Soy yo el agradecido. Hasta pronto, Jezabel.

Él se la quedó mirando unos momentos. Luego sonrió de aquella manera que desarmaba y picó espuelas, volviendo grupas. Jezabel no se movió. Siguió con los ojos clavados en él.

Era curioso aquel tipo. No acababa de entenderlo.

Al principio había pensado que era un aventurero como tantos y tantos otros. Un aventurero honrado hasta cierto punto, eso sí. Y había pensado también que, al acompañarla, él había querido cobrarse un poco el enorme servicio que acababa de prestarle. Quizá besarla, o algo así. Y ella, Jezabel, estaba dispuesta a tolerárselo hasta un límite razonable, porque la verdad era que aquel tipo le gustaba.

Aparte de que era guapo y atlético, tenía algo que llegaba directamente hasta el fondo de su instinto de mujer.

Luego, en vista de que él no le decía ni una sola palabra cariñosa, pensó que su intención era otra: darse a conocer en el rancho para que Elena Dawson, con su influencia, le buscase un empleo bien pagado.

Pero tampoco eso había resultado cierto. Red, ni siquiera quería conocer a Elena. Entonces, ¿qué buscaba aquel extraño tipo? ¿Qué estaba haciendo allí?

La comarca no era zona de paso, y por eso estaba siempre tan tranquila. Pocos forasteros se descolgaban por allí. Wynman había venido por casualidad, pero ¿también por casualidad había venido Red?

La muchacha no hizo ningún comentario ante su madre. Pensó que ella ya se enteraría de todos modos. Se limitó a explicar al encargado de la cuadra lo afectada que estaba por lo ocurrido a «Oscar».

Aquella noche salió a pasear a caballo. Lo hacía con mucha frecuencia. El sol quemaba durante el día, pero las noches eran agradables y frescas. Galopando por los pastizales, se tenía una maravillosa sensación de libertad.

Y eso era lo que más apreciaba Jezabel, de un modo instintivo, desde los oscuros días de Leavenworth.

Mientras galopaba, vio a un novillo tendido en el suelo. Y junto a él, un hombre.

Aquello le extrañó. Se dirigió al trote hacia allí, mientras acariciaba maquinalmente la culata de su revólver, sin el cual nunca salía de noche.

Su sorpresa aumentó al ver que el hombre que estaba allí era Red. Tenía sujeto al novillo por una pata, y el animal se estaba quieto.

—¿Qué hace aquí? —murmuró la muchacha.

—Ya ve…

—La verdad es que no veo nada.

—Este novillo se ha clavado una espina en la pezuña y se la estoy arrancando. Ya ve que se está muy quieto. Nos hemos hecho grandes amigos.

—Creí que usted no quería entrar en este rancho.

—Daba un paseo. Ni siquiera me he dado cuenta de que éstas eran sus tierras. ¿Quiere que me vaya?

—No, no… Puede quedarse. Además, me está haciendo un favor.

Red terminó de extraer la astilla, y el novillo se alzó y se puso a trotar alegremente, uniéndose a la manada.

La muchacha descendió del caballo. No sentía el menor temor, a pesar de saber lo solitario que era aquel paraje. Más bien sentía una oscura y hasta malsana curiosidad por saber lo que haría Red en aquellas circunstancias.

—¿Quiere seguir paseando? —preguntó.

—No. Estoy bien aquí.

—Yo siempre doy una vuelta por las noches.

—Lo comprendo. Es un rancho magnífico…

—¿Por qué no busca empleo en él?

—¿Usted cree que me lo darían?

—Yo se lo garantizo.

—¿Y me convertiría en un empleado de usted? No… Me sentiría muy extraño.

—Sería, simplemente, empleado de mi madre. Ella es la dueña.

Red sonrió de aquella manera tan especial que invitaba a imitarle.

—La verdad es que no tengo el menor interés por buscar empleo… Actualmente estoy de viaje. Trato de llegar hasta California.

Jezabel dijo, con una especie de desencanto:

—Comprendo.

Y de pronto le miró. Le miró fija, intensamente, entreabriendo los labios apenas a media yarda de los labios del hombre.

—Pues entonces, béseme —dijo bruscamente.

Él la miró con asombro. Parecía no haberla entendido.

—¿Qué… dice?

—Me ha oído muy bien. Béseme.

—Debe haber alguna razón… No puede haberse enamorado de mí, habiéndome visto sólo una vez.

—No estoy enamorada de usted.

—Pues entonces…

—La verdad es que tampoco me disgusta.

Él volvió a sonreír.

—Tampoco es razón, Jezabel.

—Es que no sé cómo pagarle lo que ha hecho —dijo ella

francamente.

—¿Y cree que un beso es un buen premio?

—Pues… —La muchacha parecía haber perdido de pronto parte de su maravillosa seguridad—. Supongo que es algo que un hombre puede desear. Todos los hombres quisieran besarme. Yo lo noto. ¿No lo pensaste cuando íbamos a caballo?

—No quise pensarlo.

—Creí que entonces lo intentarías.

—Me temo a mí mismo —susurró—. Si te besase, no sé hasta dónde llegaría.

—Sólo hasta donde yo te dejara.

—¿Tan segura estás de ti misma?

—Completamente.

—Nunca te han besado…

—Nunca.

—No seré yo el primero. Tú no sabes quién soy. Lo siento, muchacha.

Dio media vuelta y se alejó hacia su caballo, que ramoneaba a poca distancia.

Jezabel estaba asombrada.

Quizá hubiera podido interpretar aquello como un desprecio por parte del hombre, pero sabía que no era así. Había alguna razón más profunda en el comportamiento de Red, una razón que por el momento ignoraba. ¿Un desengaño sentimental? Era lo más probable.

Lo cierto era que la curiosidad azuzaba a Jezabel hasta extremos increíbles.

Hubiera querido penetrar en el alma de aquel hombre, conocer hasta sus más pequeños secretos.

Pero Red ya había montado a caballo.

Hizo una seña, saludándola, y se alejó al galope. Jezabel quedó atónita, paralizada. No entendía nada de aquello, pero sólo sabía una cosa: que sentía una gran confusión y una gran tristeza.

Estuvo mucho rato quieta, con los puños apretados, hasta que el caballo se perdió en la lejanía.

Fue a la ciudad a la mañana siguiente. Quería encontrar a Red y conocerle mejor. Sabía que no tenía motivo para pedirle ninguna clase de explicaciones, antes al contrario, pero confiaba en que Red

se las daría. Ella no le era indiferente al joven, eso se notaba. Y en cuanto a sus propios sentimientos, la verdad era que Jezabel nunca se había encontrado en una situación así.

¿Tal vez era aquello el amor?

No hubiera sabido decirlo, porque el amor es el sentimiento más personal que existe. No hay dos personas que amen exactamente del mismo modo. Y Jezabel no hubiera sabido definir sus sentimientos, porque todo era nuevo para ella.

Hasta entonces no se había preocupado de los hombres; sólo pensaba de ellos que eran seres rudos y violentos, cargados de rudas pasiones, y contra los que convenía estar alerta. Sabía que en su propio rancho la deseaban. Descubría a veces manos que acariciaban el aire y miradas ansiosas.

Pensaba que todos deseaban besarla, que nadie rechazaría un beso de su boca.

Y he aquí que un hombre la había rechazado. Por primera vez ella se encontraba ante una situación que no entendía.

En la ciudad, se aseguró de que «Oscar» había sido enterrado, y de paso pagó una lápida para Wynman. Ahora que estaba muerto, no le odiaba en absoluto. Sus pensamientos estaban llenos de vida, no llenos de muerte.

Encontró a Red sentado tranquilamente a la sombra de un porche. Permanecía sentado en una silla y con los pies apoyados en otra. Engrasaba con gran meticulosidad su revólver; con tanta precisión como si estuviese reparando un reloj.

Ella se le plantó delante.

—Hola, Red.

—Ah, hola, Jezabel.

—¿Puedo sentarme?

—No faltaba más…

Y él retiró presurosamente sus pies de la otra silla.

—¿A quién quieres matar? —preguntó Jezabel.

—¿Lo dices por el revólver?

—Veo que lo cuidas tanto…

—El revólver es el mejor auxiliar que uno tiene. Hay que conservarlo siempre a punto.

—¿Vives aquí?

Ella señalaba la puerta que había detrás de Red. Correspondía a

una casa de un solo piso.

—Sí… La he alquilado. Me molesta vivir en un hotel.

—Pues debes tener bastante dinero.

—¿Por qué piensas eso?

—Esta casa es bonita —dijo Jezabel—. Y está muy bien construida. La conozco perfectamente.

—No me resulta demasiado cara —sonrió él—. Y, además, el dinero no me importa en estos momentos.

—¿Tienes algún buen negocio en perspectiva?

—Yo diría que sí.

Jezabel echó la cabeza para atrás.

—Eres un tipo extraño, Red.

—¿Por qué?

—Te suponía un hombre completamente desligado de este ambiente. Y de pronto me dices que tienes en perspectiva un buen negocio aquí.

Como él no le contestara, añadió:

—Yo he estado bastantes veces en esta casa. Tiene una mesa de madera tallada muy bonita. ¿Aún la conservan?

—No sé, no me he fijado en ella.

—¿Es posible?…

—Entiendo muy poco de eso, Jezabel.

—Pues las tallas tienen mucho mérito. Ven, yo te la enseñaré.

Se puso en pie y se introdujo ella misma por la abierta puerta de la casa.

¿Se dio verdadera cuenta de lo que hacía? ¿Advirtió que así forzaba a Red a la intimidad?

Esas preguntas no llegó a formulárselas la muchacha. En realidad, lo hizo inconscientemente, como obedeciendo a una fuerza profunda. Sabía que Red, en el silencio de aquella casa, se vería forzado a besarla. Lo sabía, lo temía y lo deseaba al mismo tiempo. Pero se dio verdadera cuenta de la situación cuando ya los dos estaban en el interior.

—¿Ves? Es esta mesa.

Verdaderamente, era una obra de arte. Tallada a mano, sorprendía por la exactitud de sus relieves. Pero se comprendía que Red, al fin y al cabo un vaquero, no hubiese reparado demasiado en ella.

—¿Qué te parece? —musitó.

—Maravillosa.

—Es bonita, ¿verdad?

—No he visto nada mejor.

Jezabel alzó los ojos. Y entonces se dio cuenta de que Red, al hablar, la estaba mirando a ella.

Al decir que era maravillosa y que nunca había visto nada igual, no se refería precisamente al mueble.

Jezabel se sonrojó.

Y entonces, por primera vez, se dio cuenta de su soledad, del silencio cómplice que les rodeaba.

De pronto sintió miedo. Como arrepintiéndose de lo que había hecho, fue a caminar un paso hacia la puerta.

—Bueno… —musitó—. Ahora ya la has visto.

Sintió las manos del hombre en su cuerpo. Notó que una fuerza poderosa la empujaba hacia él.

Miró a los ojos de Red y se dio cuenta, sorprendida, de que en ellos no había placer, sino más bien dolor. El dolor de necesitarla.

—Jezabel…

Las manos presionaron más en su cintura, la boca del hombre buscó su boca.

El beso fue largo, intenso, casi brutal. Había en el hombre tanta pasión, que esa pasión se transmitió a la muchacha. Y Jezabel tuvo como una sensación de vértigo.

Cuando sus labios se separaron, ella apenas podía respirar.

Pero dijo con un soplo de voz:

—Más… No me he enterado siquiera…

En aquel momento oyeron pasos junto a la puerta.

Les dos se desunieron. Un hombre a quien Jezabel conocía muy bien apareció en el umbral.

Sus ojos brillaron maliciosos al verlos a los dos allí, pero fue solo un momento.

—Ah… Hola, Jezabel. Hola, Red.

—Hola, señor Simpson.

Simpson era el dueño de la casa.

—Hay una gotera —dijo—. Venía a arreglarla.

—No se moleste —murmuró Red—. Pensaba hacerlo yo.

—Deje… Soy un auténtico especialista —murmuró Simpson—. O

quizá les molesto…

—No, de ningún modo —dijo Red pesarosamente—. La señorita se iba en este mismo instante.

Jezabel estaba muy sonrojada, aunque hacía esfuerzos por disimularlo. Todo en ella era una excitante mezcla de timidez y de desvergüenza, de pasión y de miedo.

—Desde luego, me iba enseguida —susurró.

Y salió precipitadamente.

Pero se sentía inauditamente feliz, feliz como nunca.

Ahora sabía que lo que había estado sintiendo era el amor. Y que el amor, esa cosa inexplicable y maravillosa, no atiende a lógicas ni a consejos. Era como una llamada que surgía de lo más profundo de sí misma y que decidiría su vida entera.

Sabía que ahora nadie le arrebataría a Red.

Y él también estaba enamorado, puesto que había leído en sus ojos aquella pasión casi dolorosa. De una forma instintiva, Jezabel sabía que eran uno del otro. Ya nada, ninguna fuerza humana, les podría separar.

Todo esto, en el caso de haberlo pensado lógicamente, era un poco sin sentido. Ella lo reconocía, pero cada vez que tal reflexión acudía a su mente, la rechazaba.

Apenas sabía nada de Red. Sólo que tiraba bien y que le había asegurado dirigirse a California. ¿Y qué? ¿Sabía ella si quería casarse? ¿Podía asegurar que no estuviese casado ya?

Pero cuando el amor impone su ley, ninguna otra cosa tiene importancia.

Jezabel solo sabía que Red era suyo, totalmente suyo, y que nadie se lo podría arrebatar.

Todo esto la hacía locamente feliz.

La llenaba de una felicidad maravillosa e inexplicable.

Estuvo vagando por los campos durante horas y horas, hasta que vio que empezaba a anochecer. Entonces decidió regresar al rancho.

Hubiera tenido ganas de gritar, de decir a todo el mundo lo feliz que era.

Penetró en el edificio y subió a su habitación. Pero antes le pareció oír voces en la que ocupaba Elena Dawson.

Entró sin llamar, pues siempre lo hacía así, dada la confianza que imperaba entre ambas.

Elena Dawson, que estaba besando a un hombre, se separó repentinamente de él.

Luego sonrió, mirando a Jezabel y diciendo con naturalidad:

—No te sorprendas… Ya podías imaginarte que mi prometido llegaría de un momento a otro, ¿no?… Pues aquí lo tienes. No sé si lo conoces. Se llama Red…

CAPÍTULO III

—Levántate… ¿Es que no te das cuenta de que vas a llegar tarde? Por favor, Jezabel…

La vieja sirvienta, que la conocía desde que fue recogida a la entrada del rancho, la miraba con expresión casi angustiada.

—Jezabel… Me das miedo con esos ojos…

Efectivamente, los ojos de Jezabel estaban espantosamente abiertos.

Miraban hacia el techo, hacia el vacío.

—Son las nueve, y tu madre se casa a las diez… ¡Tienes que arreglarte! ¿Qué te ocurre? ¡Nunca te habías levantado tan tarde, muchacha!

Jezabel seguía con los ojos perdidos en el techo del dormitorio.

Al fin se puso en pie como un autómata.

—Toma… Aquí tienes tu vestido —dijo la sirvienta—. Y el baño está preparado.

La muchacha no se daba cuenta de nada de lo que le ocurría. Obraba como un puro paquete de músculos y de nervios detrás de los cuales no hubiera ningún alma, ninguna voluntad. Cuando se introdujo en la bañera, aún creía estar en el lecho. Cerró los ojos y apretó los puños, haciendo un esfuerzo terrible para reflexionar con calma.

—No tengo derecho a enturbiar su felicidad —se dijo—. Ella es como mi madre. Me ha dado todo lo que tengo, me ha convertido en una señorita y me ha nombrado su heredera… Yo era un paquete de huesos cuando llegué aquí… Estaba muerta de miedo y de hambre. Ella me ha convertido en lo que soy…

La vieja sirvienta entró.

—¿Pero qué chamullas, Jezabel? Parece como si estuvieras

rezando…

—Nada.

Pero el pensamiento seguía dando vueltas en su cabeza: «Por muy inexplicable que resulte todo, por muy terrible que sea, yo debo disimular… No he de causarle un dolor a Elena Dawson. No he de enturbiar su felicidad porque no sería justo…»

En cambio, odiaba con toda su alma a Red. Lo odiaba hasta las entrañas, pese a reconocer que hasta el último momento él se había resistido a besarla.

Salió de la bañera y se secó maquinalmente. Luego se puso la ropa interior y dejó que la sirvienta le ajustara el hermoso vestido de ceremonia, que para ella era peor que su mortaja.

Sólo había una mujer a la que no podía jamás disputar un hombre: Elena Dawson, la mujer a la que consideraba su propia madre. Y aunque trataba de sonreír, de mantenerse serena, reconocía que algo muy profundo había cambiado en ella.

Ya no podría mirar a Elena Dawson del mismo modo.

Nunca más.

Cuando salió a la calle, vio que toda la población estaba pendiente de ellos. Habían pasado la última noche en el hotel para estar más cerca del juzgado, el lugar donde iba a celebrarse la ceremonia civil, previa a la ceremonia del matrimonio religioso.

Todo el mundo la felicitaba, aunque la verdad era que muy pocos se explicaban aquel repentino noviazgo entre la mujer más rica de la comarca y un forastero del que lo único que se sabía era que disparaba bien.

¿Dónde se habían conocido? ¿Cuál era la razón de aquella inexplicable boda?

Todas esas preguntas palpitaban en los ojos de la gente, e incluso en los de Jezabel. Pero, externamente, las felicitaciones y las sonrisas estaban a la orden del día.

En el juzgado, todo estaba dispuesto.

Jezabel entró y se situó junto a los invitados de preferencia. No dirigió más que una mirada superficial y cargada de rencor a Red, que vestía como un caballero y parecía sentirse incómodo dentro de aquellas ropas. Elena Dawson no había llegado aún.

Pero no se hizo esperar.

Llevaba el vestido de tul que la muchacha ya conocía, y estaba

tan guapa que nadie hubiera dicho que se trataba de una mujer de treinta y tantos años. Dirigió sonrisas a todo el mundo y se dirigió a la mesa del juez, que también vestía como para las grandes ceremonias.

Ésta comenzó.

Jezabel no quería oír nada, no quería enterarse de nada. Su mirada vagó por la sala tratando de curiosear entre los invitados, en un vano intento de distraerse. Todas las personas notables de la ciudad estaban allí, excepto Talbot. Claro…, ¿cómo llegar a imaginarse que Talbot viniera?

Lo extraño era que no hubiese cumplido aún su amenaza. La amenaza de matar a Elena Dawson si ésta le rechazaba definitivamente.

Jezabel apretó los labios.

No quería enterarse de nada, no quería oír las frases rituales que convertirían a Red y Elena en marido y mujer.

¡Y qué harían que Red tuviese que vivir en su propia casa!

Este último pensamiento la hirió como una punzada. Le hizo sentir tanto miedo y tanto odio que estuvo a punto de lanzar un grito.

Y de pronto, el grito lo lanzó, pero por otra causa.

En el edificio del juzgado acaban de entrar dos hombres. Era justo en el instante en que el juez decía a Red:

—No tengo por costumbre casar a personas que lleven revólver, amigo mío. De modo que si no le importa quitárselo…

De los dos hombres que acababan de entrar, uno era Talbot. Venía congestionado. Vestía elegantemente, como siempre, pero mostrando un revólver casi cruzado sobre el vientre. La mano derecha estaba apoyada en la culata.

El otro tipo que venía con él era bien conocido en la ciudad. Asesino consumado y tirador infalible, fue condenado a veinte años de prisión, pero una reciente amnistía le había sacado de entre rejas. Y ahora venía dispuesto a demostrar que las amnistías a veces, están de más.

También acariciaba la culata de su revólver.

Los dos hombres se detuvieron en el pasillo, y Talbot masculló:

—Suspenda la ceremonia, juez.

El juez alzó los ojos, entre un murmullo atemorizado del

público.

—¿Qué le pasa, señor Talbot? ¿Ha bebido ya a estas horas?

—¡Cállese! ¡Estoy perfectamente sereno!

—¿Fue a qué se debe su actitud?

—¡No quiero que se celebre esa boda!

—Señor Talbot…, no le entiendo. Lo que usted dice es…

Los dientes del ranchero rechinaron.

—Y aún no lo sabe todo, juez.

—¿Qué más he de saber?

—Prometí a esta mujer que lo pagaría caro si me rechazaba.

—Ése no es asunto mío, señor Talbot.

—Pero, en cambio, asunto mío sí lo es. Y voy a resolverlo enseguida. ¡Apártese, juez!

—¿Qué trata de hacer?…

—¡No se lo repetiré otra vez! ¡Apártese si no quiere morir acribillado también!

La situación estaba tan clara que ya nadie tuvo dudas. Sonaron algunos gritos de temor. El juez se apartó presurosamente.

Estaba bien claro que Elena Dawson iba a ser baleada. Eran dos hombres contra ella. ¡Y uno de ellos, un asesino!

En aquel momento, Red adelantó calmosamente un paso. Llevaba bien ceñido el revólver que el juez le había pedido se quitase.

—Un momento, señor Talbot —dijo con tranquilidad—. En primer lugar, le diré que estoy encantado de conocerle. Precisamente me habían hablado mucho de sus riquezas y de su influencia en esta ciudad. En segundo lugar, le diré que yo también creo tener derecho a opinar algo en todo esto.

—Usted no es nadie, amigo…

—Hombre… Tanto como nadie… Más o menos, el marido de esta preciosa señora.

—Aún no les han casado.

—Porque usted acaba de fastidiar la ceremonia. ¡Con lo poco que faltaba ya! Pero, contando con su amable permiso, continuaremos.

Y se volvió de espaldas, como si ya diera la cuestión por resuelta.

Talbot bramó:

—¡Quieto!…

Red se volvió de nuevo.

Su expresión había cambiado un poco. Ahora era ya más dura, más tensa.

—¿Qué, señor Talbot? —murmuró.

—Voy a liquidarlo también, Red.

—¿Por qué razón?

—Mi venganza sería incompleta si dejara en paz al hombre que me ha arrebatado a Elena.

—¿Y no cuenta con que yo puedo defenderme?

Talbot emitió una risita silenciosa.

—¿Sabe que tiro bien?

—Lo doy por supuesto; pero si espera que me ponga a llorar de miedo, va listo.

—¿Sabe quién es mi compañero?

—Claro que lo sé… Lo conozco igual que todo el mundo en Arizona. Es Talbot, un asesino.

—El cual puede hacer aquí un magnífico papel…

—Por lo que veo, los asesinos siempre hacen buen papel a su lado, señor Talbot —dijo Red secamente—. Y ahora me va a permitir que sea yo el que de una orden: Lárguese. Se está jugando lastimosamente la vida y no se ha enterado aún. La única posibilidad que tiene de salir con bien es recogerse el rabo, metérselo en el bolsillo y salir de aquí. De lo contrario, le mataré, señor Talbot.

El interpelado abrió mucho los ojos.

Todo aquello le resultó inconcebible en el primer momento. Y en el segundo momento, más inconcebible aún.

¿Qué pretendía aquel loco? ¿Matarles a los dos? ¿Quién diablo se había creído que era?

Red, por su parte, había entrecerrado los ojos. Parecía pensar que el desafío era inevitable.

La mano derecha estaba cerca de la culata, pero, por lo demás, sólo se había movido un poco para apartar de sí a Elena y hacer que se pusiese a cubierto.

Los invitados ya se habían preocupado de eso.

Todos estaban ocultos bajo las sillas y las mesas, tapándose lo mejor que podían. La única que estaba en pie, mirando todo aquello

como una alucinada, era Jezabel.

Talbot mascullό:

—¡Muy bien! ¡Tú lo has querido, imbécil!…

Llevó la mano al revólver mientras Talbot hacía lo propio. Dio la sensación de que ambos hombres serían mucho más rápidos que Red, el cual parecía haberse movido con retraso.

Pero unas décimas de segundo después, todo cambió de repente. Parecía como si Red tuviera medidas las distancias, como si hubiese adivinado el pensamiento de sus enemigos.

Tiró dos veces a través de la funda.

Se produjo un doble grito de agonía. Talbot, que no había llegado ni a disparar, fue alcanzado en la cabeza. Su pistolero pudo apretar el gatillo, pero la bala fue a las baldosas. Cuando cayó a tierra pesadamente ya estaba muerto, con el corazón atravesado.

Un murmullo de asombro y de horror se escuchó en la sala.

Y la más atónita era Jezabel, quien nunca había visto disparar a un hombre de aquella manera.

Nunca, ni cuando el propio Red mató a Wynman, había tirado tan prodigiosamente.

Red murmuró entonces:

—Lo siento por el humo y el olor a pólvora, señores. Pero, por lo demás, podemos continuar.

El juez asomó la cabeza por un borde de la mesa bajo la cual se había ocultado.

—¿Qui… quiere continuar?

—¡Pues claro!

—¿Y esos dos… dos… hombres?

—No piense más en ellos. Yo los invito también. En un día así no reparo en gastos.

Y se aprestó tranquilamente a seguir con la ceremonia. Pero la voz de Elena Dawson dijo suavemente:

—Señor juez…, no puedo seguir ahora.

—¿Quiere que aplacemos la ceremonia?

—En estas circunstancias…, me parece normal.

—Lo comprendo, señorita Dawson.

Recalcó la palabra «señorita». En realidad, Elena Dawson aún lo era. La ceremonia no había tenido lugar.

El juez miró entonces a Red.

—¿Qué dice usted?

—¿Qué puedo decir yo, si ella quiere aplazar la ceremonia? El matrimonio es un acto voluntario; no puedo obligarla.

—Hágase cargo de que…

—Me hago cargo, señor juez. No me considero ofendido.

—¿Cuándo les parece que podemos continuar? ¿Tal vez mañana?

—Pues…

Y miró a Elena Dawson, como esperando que fuera ésta quien diese la respuesta.

Pero Elena Dawson estaba muy pálida. De pronto necesitó apoyarse en la mesa.

Y un instante después, entre el grito de asombro de los que presenciaban aquello, se desplomó. De no haber sido por los brazos de Red, que la sostuvieron a tiempo, hubiese caído pesadamente a tierra.

CAPÍTULO IV

Jezabel se movía por el rancho como una sonámbula.

Todo aquello le parecía una pesadilla, una pesadilla sórdida y miserable que no quería ni recordar.

Otra vez sentía lo que no había sentido en muchos años: deseos de huir. Lo mismo que la empujó a marcharse de Leavenworth, abandonando a su padre, la empujaba ahora a marchar a cualquier sitio, a ocultarse en cualquier lugar remoto donde no fuera perseguida por sus pensamientos.

De pronto oyó el trote de un caballo.

Un jinete se acercaba. Sus relieves podían distinguirse ya a la luz clara de la luna.

Se llevó las dos manos a la boca al ver que era Red.

Después de la truncada ceremonia, aquel mismo día por la mañana, Elena Dawson había sido inmediatamente trasladada al rancho, mientras que Red permanecía en la ciudad, ocupándose del entierro de los dos muertos. Desde entonces no había vuelto a verle.

Y ahora estaba allí.

Estaba allí otra vez, como si las torturas de Jezabel se materializasen en su figura.

Red no la vio porque la muchacha estaba bajo un porche oscuro. Amarró su caballo, entró directamente y subió a la habitación de Elena Dawson, acompañado por una sirvienta.

Precisamente la ventana de la habitación de Elena daba sobre el porche en que estaba Jezabel.

Ésta no podía oír las palabras de los dos, pero sí oyó algo que la llenó de confusión. Primero, el ruido de la puerta al abrirse y cerrarse. Y luego, una carcajada.

La que reía era Elena Dawson.

Jezabel se sintió tan extrañada que por unos momentos creyó haber oído mal.

¿De qué reía Elena? ¿Qué motivos tenía para sentirse alegre?

La carcajada se repitió.

Por lo visto, Elena Dawson estaba mucho mejor de lo que parecía. Y eso era lo que menos comprendía Jezabel.

De una forma instintiva, sin pensarlo, entró en la casa y subió las escaleras hasta el primer piso.

Se acercó a la puerta de la que hasta entonces había considerado como su madre.

Jezabel todo lo veía entre brumas, igual que en un sueño irreal y absurdo.

Empujó la puerta y entonces oyó aquella frase:

—Mi desmayo ha quedado muy bien, ¿eh?

—Perfecto.

Los dos se volvieron al mismo tiempo, al oír el chasquido de la puerta, Jezabel parecía estar sin fuerzas; había necesitado apoyarse en la hoja de madera para no caer.

Elena Dawson se puso en pie. No estaba en la cama, sino que vestía una elegante bata. Y tenía en la cara un color magnífico.

No recordaba en absoluto a la mujer que se había desmayado aquella misma mañana.

—¿Tú aquí, Jezabel?

—Me iré… —dijo ella atropelladamente—. No sé ni por qué he venido. Me iré enseguida…

—Al contrario. Celebro que hayas subido. Precisamente pensaba llamarte.

—¿A mí…?

—Siéntate.

Ella obedeció. Se movía como una máquina.

—Quiero que sepas la verdad —dijo Elena Dawson.

—¿Hay… alguna verdad?

—Lo sucedido te habrá sorprendido mucho, seguramente.

—Como… a todo el mundo.

—Bueno, pues tiene su explicación.

Jezabel estaba aturdida. Le costaba respirar. No se atrevió ni a decir una palabra.

—Comenzaré por el principio —dijo Elena—. Tú sabes que

Talbot había intentado matarme dos veces.

—No lo sabía con seguridad, pero… lo sospechaba.

—Talbot era un peligro terrible para mí. ¿Motivos? Muy sencillos. Él necesitaba desesperadamente casarse conmigo para llegar a ser dueño de mi rancho.

—No lo comprendo…

—Tú creías que era muy rico, ¿verdad?

—Pues… claro.

—Te equivocas de medio a medio. Talbot tuvo una gran fortuna, pero como todos los jugadores empedernidos, llegó a perderla. Su rancho no está hipotecado aún, pero debía dinero a muchas personas. Había firmado pagarés que ahora, muerto él, no cobrará nadie.

Jezabel estaba asombrada.

—Es decir…, tú eras su tabla de salvación.

—Exactamente.

Elena Dawson hizo un elegante gesto y repitió:

—Exactamente, muchacha… Pero quitármelo de encima no resultaba fácil. Yo ya no sabía qué hacer. No podía hablar con ningún hombre so pena de que Talbot me balease por la espalda. Ya has visto lo ocurrido esta mañana. Venía dispuesto a matarme.

—Sí…

—Entonces ideé un plan. Puesto que aquello era una guerra, tenía que ganarla. Y busqué algún pistolero que matase a Talbot.

Los ojos de Jezabel fueron horrorizados hacia la figura de Red. Pero éste se mantenía quieto como una estatua.

—No, no fue él, el primero a quien traté de contratar —dijo Elena—. Hablé con otros en secreto, pero Talbot les daba miedo. Era un tipo demasiado importante, y la ley perseguiría a sus asesinos hasta el fin del mundo. Entonces pensé: «¿Y si es el propio Talbot el que provoca ante testigos…?»

Jezabel empezaba a comprender. Se estremeció. Oía, como si sonara muy lejos, la voz tranquila de su segunda madre.

—Entré en contacto con Red —dijo ella—. Un gatillo infalible, como has visto. He de decir, en honor a él, que no aceptó el encargo hasta saber que Talbot era un asesino y un cobarde, y además me exigió liquidarlo cara a cara. El plan fue sencillo: fingir que Red y yo íbamos a casarnos, llevar la cosa hasta las últimas consecuencias

y provocar la intervención de Talbot. Yo ya empezaba a estar impaciente. Un poco más y nos casan de verdad…

Y lanzó otra carcajada que a Jezabel le pareció ahora atrozmente cínica.

Con un terrible esfuerzo, logró preguntar:

—¿De modo que…, de modo que esto era una especie de contrato comercial?

—Exactamente.

—Entonces, ¿por qué le besabas? ¡Yo os vi!

Elena Dawson no comprendió el porqué de la excitación de Jezabel. Sin duda, ella no sospechaba lo que la muchacha sentía por Red. Ni imaginaba que éste había llegado a besarla también.

—Estábamos ensayando por si había que darse algún beso en público —murmuró ella—. ¿Pero por qué te pones tan nerviosa? ¡Ni que a ti te supiera mal!

Hizo otro gesto de elegante desenvoltura y añadió:

—Aparte de librarme de Talbot, he hecho un magnífico negocio. Ahora, su rancho está libre. Yo lo compraré por cuatro chavos.

Jezabel la miró aterrada.

—¿Pensabas… hacer eso?

—¿Y convertirme en la hacendada más rica de esta parte de Arizona? ¡Pues claro que sí! Talbot había trazado sus planes, ¿no? ¡Pues yo tracé los míos!

—Eres… nunca creí que fueses capaz de eso, Elena.

—Soy una mujer que ha luchado sin piedad toda su vida —dijo Elena secamente—. Mi padre me dejó un pequeño rancho y ahora tengo un rancho enorme. ¿Crees que eso se consigue sin esfuerzo? Pero ahora, al fin, he cumplido todos mis objetivos. Tengo tanto dinero que no sabré qué hacer con él.

Añadió duramente:

—¡Debieras dar saltos de alegría, Jezabel!

Jezabel no contestó.

Sus labios, su rostro todo, dibujaban una mueca patética.

«Huye…, huye como hiciste entonces… —le decía una remota voz—. Esto es más horrible que lo de aquella vez».

Pero Elena ya no le hacía caso.

Embriagada por el éxito de su plan, no captaba los detalles. Y ahora miraba solamente a Red, que hasta aquel momento había

permanecido quieto como una estatua.

—La cosa ha salido perfectamente, Red —dijo la rica hacendada —. Es usted mejor pistolero de lo que creía. ¿Sabe que hubo un momento en que temí que todo se hundiese?

—¿Cuando Talbot compareció acompañado?

—Sí. Los dos habíamos contado con que vendría solo.

—Yo daba por descontado que alguien le apoyaría —susurró Red—. Talbot era de ese tipo de cobardes que nunca actúan sin tener las espaldas guardadas. En ningún momento temí por el resultado final, ni siquiera cuando vi entrar a aquel asesino.

—¿Dónde aprendió a tirar, Red?

Él dijo vagamente:

—¡Bah! En tantos sitios…

—Me siento muy contenta —dijo Elena Dawson—. ¿Quiere un empleo aquí?

—No puede ser. Recuerda la explicación que ha de dar a la gente: que hemos reñido a última hora. No resultaría lógico que yo continuase como empleado suyo.

—Es cierto. No había pensado en eso. Lo decía porque me dolerá separarme de usted.

—Los negocios son los negocios, señorita Dawson. Usted ya ha conseguido lo que quería. Ahora a mí me toca desaparecer.

—Ha de cobrar antes…

Él no contestó.

—Convinimos cinco mil dólares —dijo Elena pensativamente—. Pero su trabajo vale más. Le daré seis.

Él tampoco contestó; su mirada estaba perdida en el vacío.

—Voy a buscarlos —dijo ella.

—No, señorita Dawson.

—¿No qué…?

—No quiero cobrar.

Ella abrió mucho la boca, como si le hubiesen dicho que el mundo giraba al revés.

—¿Dice… que no quiere cobrar?

—No.

—¡Pero ha hecho su trabajo! ¡Y yo le estoy muy agradecida! ¡Se lo pago gustosamente!

—No ha sido un trabajo, señorita Dawson.

—¡No le entiendo! ¡Juro que no le entiendo!

Y añadió, mirándole aturdida:

—¿Se ha vuelto loco?

—Parece que no me entienda. Para usted lo único importante es el dinero, señorita Dawson.

—¿Y para usted no?

—Habitualmente sí. He de reconocer que soy un pistolero profesional y que trabajo por dinero; he hecho de guardaespaldas, de pacificador, de protector de caravanas…, ¡hasta de guía del ejército! Yo siempre estaba allí donde había unas perspectivas de aventura y unos dólares a ganar. Pero en esta ocasión no tengo interés en aceptar su dinero, señorita Dawson. Soy muy libre de cobrar o no.

Elena parecía desconcertada.

Respiró profundamente, y al cabo de unos momentos preguntó:

—¿Puedo saber por qué, Red?

—Es un asunto particular; no me haga caso.

Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

No había mirado aún una sola vez a Jezabel. Era como si ésta no existiese.

Y sin embargo, Jezabel sentía, de una forma instintiva, que aquel «asunto particular» era ella. Sentía que Red había hablado de aquel modo por su causa.

Cuando él hubo salido, la muchacha salió también.

Se encontraron ambos junto a las escaleras que descendían a la planta baja.

Red no la miraba aún. Sus ojos eran como dos globos quietos y enigmáticos.

—Debo irme —murmuró sencillamente—. Adiós, Jezabel.

—Si crees que con no cobrar lo has resuelto todo, estás equivocado —dijo roncamente ella—. De un modo u otro te has comportado como un miserable.

Él no contestó.

E iba a descender ya por las escaleras cuando Jezabel dijo con voz tensa:

—Te odio como no he odiado a nadie en mi vida.

—No quise causarte ningún daño, Jezabel.

—Me lo causaste desde el momento en que nuestros labios se

unieron.

—Me resistí a ello con todas mis fuerzas, Jezabel. Te lo juro. Tú sabes que yo no quería fijarme en ti.

Si Jezabel hubiese podido mirar el asunto con frialdad, tal vez hubiera comprendido que sí, que Red, efectivamente, había procurado al principio no darse cuenta ni de que ella era una mujer.

Pero Jezabel no podía mirar fríamente aquello. Para Jezabel, Red era el único hombre que había conseguido interesarla, el único por quien se había dejado besar. No supo lo que le ocurría.

Sólo pensaba que iba a perderlo para siempre, y que él supo desde el primer momento que tendría que separarse. Que sus besos eran una condenada mentira.

Movió la mano derecha.

La bofetada restalló en el silencio de la casa. El hombre ni siquiera parpadeó.

Pero sus manos se movieron también. Dio la sensación de que obraba de una manera instintiva, sin darse cuenta de que lo hacía. Sujetó a Jezabel por los hombros y la atrajo hacia sí.

Rudamente. Salvajemente.

Hizo a la fuerza que sus labios se unieran en un beso violento, doloroso, casi brutal. La muchacha quedó sin respiración, desmadejada, perdida entre aquellos brazos poderosos. Cuando él la soltó, se sentía sin aliento y sin fuerzas.

Tuvo que apoyarse en la barandilla.

Y así le vio desaparecer Jezabel: con los ojos extraviados, la boca entreabierta, sintiendo que le faltaba el aire.

CAPÍTULO V

Al entierro de Talbot asistió toda la población.

A los entierros la gente va por tres cosas: o por compromiso, o porque siente dolor o porque siente curiosidad. En el caso de Talbot, todo el mundo fue por esa tercera razón. El viejo cacique no era apreciado por nadie, y seguramente no hubo ni una persona en la ciudad que no se alegrara de su muerte. Pero el entierro prometía ser un espectáculo, y por eso fue todo el mundo a él.

Querían ver qué papel hacía Elena Dawson.

Y querían averiguar un detalle sorprendente: ¿Quién pagaba la fastuosa ceremonia? Porque ahora sabían ya todos que en poder de Talbot no había sido encontrado dinero ni para pagar el ataúd; estaba arruinado como un perro, cosa que nadie en la ciudad había sospechado, excepto la infalible Elena Dawson.

Sin embargo, la ceremonia prometía ser majestuosa.

El templo estaba profusamente adornado con crespones negros; abundaban las flores. El ataúd era nada menos que de caoba.

¿Quién había pagado todo aquello?

Algunas personas murmuraban que lo había pagado la propia Elena Dawson.

Otras, que lo había pagado Red, el hombre que mató a Talbot.

Corrían mil rumores distintos, contradictorios, confusos.

Lo cierto fue que Elena Dawson y Jezabel acudieron a la ceremonia. Puesto que Elena no había matado a Talbot, sino que, al contrario, había estado a punto de ser muerta por él, podía entrar en el templo tranquilamente, sin que nadie murmurara. La única que sabía que la muerte de Talbot había estado prevista era Jezabel, y por eso la muchacha sentía cada vez más repugnancia al mirar a la mujer que la había tratado como su segunda madre.

¿Tenía el mundo que ser así? ¿Debía hacerse aquellas cosas sólo para ser más y más rico cada día?

Con gusto, Jezabel no hubiera asistido a aquella comedia inmunda.

Pero temía que la gente murmurase, extrañada de su ausencia, y por eso acudió, mordiéndose los labios.

Cuando los oficios religiosos terminaron, la población entera acompañó los restos de Talbot al cercano cementerio. Allí se rezó un último responso y las paletadas de tierra cubrieron el ataúd.

Asunto liquidado.

Asunto liquidado para todos menos para Elena Dawson, que sería cada vez más rica. Y menos para Jezabel, cuyo corazón parecía haber muerto sin posibilidad de resucitar.

Las dos mujeres volvieron en silencio a su rancho. Aquel día todos los vaqueros hacían fiesta para poder acudir al entierro del ranchero vecino. Sólo estaban cubiertos los servicios más indispensables; el rancho entero daba una gran sensación de soledad.

Elena se quitó el velo negro.

Sus ojos vacíos miraron a Jezabel.

—¿Qué te ocurre? —murmuró—. Te veo muy afectada.

—No me ocurre nada en absoluto.

—¿Quizá no estás conforme con lo ocurrido?

—Yo no digo nada; eres tú la que manda.

—No me has llamado «mamá» desde que aquello sucedió. Y antes me llamabas así a cada momento.

Jezabel no contestó.

Volvió la cabeza bruscamente, mientras hacía terribles esfuerzos para dominar sus lágrimas de decepción y de dolor.

—A veces me he preguntado qué fue lo que te trajo aquí, Jezabel —dijo Elena Dawson—. Porque tú viniste desde muy lejos, y sin duda tenías la intención de llegar hasta aquí. ¿Por qué? ¿Qué había en tu vida?

Jezabel apretó desesperadamente los labios.

Nunca había dicho que allí estaba la tumba de su madre. Nunca había dicho que su padre, el verdugo de Leavenworth, y ella misma, cultivaron antes parte de aquellas mismas tierras. Que allí habían dejado su sudor y sus lágrimas. No, eso no lo diría jamás.

Elena murmuró:

—No creas que te pregunto eso porque sí. Es que me ocurre lo mismo que me ocurría en aquellos días; que te siento extraña, lejana. Tardé años en acostumbrarme a ti, y ahora, de repente, otra vez vuelves a estar a tanta distancia como las estrellas. ¿Qué te ocurre? ¿Es acaso porque se ha marchado Red?

La pregunta era mucho más certera de lo que Jezabel había esperado. La muchacha se estremeció.

—¡Calla! —gritó—. ¡No voy a contestar a ninguna de tus preguntas!

Elena Dawson iba a insistir, pero en aquel momento una voz dijo desde la puerta:

—Déjela. A esa edad, las chicas están llenas de misterios.

Elena Dawson se volvió.

Nunca había visto a aquel tipo bien vestido que estaba en el umbral y que llevaba un revólver bien visible. O quizá sí que le había visto poco antes; quizá fue uno de los que asistieron al entierro de Talbot, pero había tanta gente que ella no se fijó en nadie en particular.

El hombre no debía tener más allá de treinta años.

Con voz metálica dijo:

—Supongo que les he sorprendido.

—¡Claro que nos ha sorprendido! ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Quería hacerme anunciar, pero no he encontrado a ninguno de sus hombres.

—Les he dado fiesta a casi todos para que asistieran al entierro de Talbot. No regresarán hasta dentro de una hora o menos. ¿Pero puedo saber quién es usted?

—Me llamo Leyland.

—No recuerdo haberle visto nunca.

La voz de Elena Dawson era despectiva, seca.

—Se equivoca. Me ha visto en el entierro.

—Puede que sea así, pero no me he fijado. No es usted un tipo de los que llaman la atención, señor Leyland.

El hombre bien vestido se mordió el labio inferior, ligeramente decepcionado por aquella frase.

Pero se rehízo y sonrió de una forma extraña.

—Ante todo quería darle mi pésame, señorita Dawson.

—¿Su pésame? ¿Por qué?

—Usted debió sentir mucho la muerte de Talbot. Eran buenos vecinos, según creo.

—¿Se burla, señor Leyland? ¿O acaso no sabe lo que ocurrió?

—Claro que sé lo que ocurrió. A Talbot lo mató el pistolero que usted había contratado.

—¿Cómo se atreve a decir eso?

—Otros son tontos, pero yo no. Yo veo la jugada.

Elena Dawson arqueó una ceja.

—¿Qué jugada, señor Leyland?

—Usted quería que Talbot muriese.

—¿De modo que cree que todo aquello lo provoqué ye? Me está acusando…

—Ignoro los detalles de lo sucedido, pero hay demasiadas cosas que ligan, amiga mía. Hoy mismo, por ejemplo, he sabido que usted no ha perdido ni un minuto.

—¿A qué se refiere?

—Ha presentado en el juzgado una solicitud para que se saquen a pública subasta los bienes de Talbot.

—Está usted enterado de muchas cosas, señor Leyland… ¿Y eso qué le importa?

—Sabe que, cuando los bienes sean subastados, nadie se presentará en cuanto sepan que se presenta usted. Nadie se atreve aquí a plantarle cara, señorita Dawson. Y se llevará el rancho por una cantidad que será una auténtica miseria. Aparte de eso, usted tiene preferencia en la compra porque sus tierras son colindantes.

Los labios de Elena Dawson formaban una raya dura y seca. Su rostro había cambiado. Ahora ya no tenía unas facciones hermosas, sino las de una mujer acostumbrada a luchar.

—Todo eso es asunto mío, señor Leyland —dijo—. Y aún no ha contestado a mi pregunta. ¿Qué le importa a usted?

—Usted sabe que Talbot debía mucho dinero. Que estaba empeñado hasta las orejas.

—Lo he sabido hace poco.

—Miente; lo sabía antes.

—No es momento de discutir eso. Supongamos que lo supiera antes. ¿Y qué?

Leyland, con voz tensa, dijo:

—Talbot no había consentido que se hipotecara su rancho porque en ese caso todo el mundo hubiera sabido que estaba devorado por las deudas. Y, teniendo fama de pobre, no podía aspirar a salvarse casándose con usted. Por eso firmó pagarés y garantías personales que ahora, muerto él, no valen para nada.

—Entonces lo siento por el acreedor, que ha hecho un mal negocio. Porque el acreedor es usted, ¿verdad, señor Leyland?

El otro pareció masticar la palabra:

—Sí.

—Lamentable, sencillamente lamentable. ¿Y cuánto le debía?

—Un cuarto de millón de dólares.

Elena no pudo evitar lanzar un silbido.

—¿Todo eso perdió Talbot en el juego?

—En el juego y en cuestión de faldas. Las chicas le gustaban mucho. Las chicas finas y caras.

—Pues lo siento por él… y por usted. Además, las deudas de juego es mejor olvidarlas.

—¡Las deudas de juego se pagan!

—¿Qué clase de negocio tiene usted, señor Leyland? —preguntó Elena Dawson con expresión de desafío—. Adivino que tiene una casa de juego, y además negocia con mujerzuelas. ¿Me equivoco?

—Hay mujerzuelas que son mejores que usted.

—No lo pongo en duda. ¡Y ahora lárguese!

Leyland rechinó los dientes.

—Usted no me conoce bien, señorita Dawson.

—Ni usted a mí por lo que veo.

—Me he enterado de que no tiene un solo pistolero a sus órdenes. Todos los que hay en su rancho son simples vaqueros. Cuando necesitó matar, tuvo que buscar a un tipo como Red. Y ahora que él se ha ido, ¿quién la defenderá? Porque yo tengo pistoleros, eso se lo aseguro. Para mi negocio son necesarios.

—¿Me está desafiando? —preguntó Elena con altivez.

—Más bien he venido a proponerle un acuerdo.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Usted puede quedarse con el rancho de Talbot, pero yo debo cobrar mi crédito con los intereses. En total, quinientos mil dólares.

—¡Está loco! ¡Ni un usurero cargaría unos intereses así! ¡Además, si cree que yo voy a pagar un solo dólar más vale que vea

al médico!

—Espere. No he terminado aún.

—¿Es que hay más?

—Claro que hay más. Ese dinero forma una parte de mi compensación. Hube de trabajar mucho para tener a Talbot bien aherrojado, y ahora no voy a perderlo todo. Los quinientos mil deben ir acompañados de algo más.

Miró a Jezabel, que hasta aquel momento se había mantenido alejada de la conversación, porque todo lo que se relacionase con aquel asunto le inspiraba una profunda náusea.

—A ésta la tiene usted adoptada como hija —murmuró Leyland.

—¿Y qué?

—Tal como lo tienen resuelto todo, es su única heredera legal.

—Supongamos que sí.

—Está bien… Algún día quiero ser dueño de todo esto, amiga mía. Y el camino más fácil, más directo y más agradable, es casarme con esa preciosidad. Desde que la he visto en el templo no he hecho más que pensar en sus curvas.

Jezabel apenas pudo lanzar una exclamación de asombro.

El cinismo de aquel tipo era tan enorme que la tenía apabullada. Creyó haber oído mal.

—Voy a casarme con ella —dijo Leyland, para que se enterase perfectamente—. Será mi mujercita dulce y constituiremos un hogar feliz. Y cuando usted muera, Elena Dawson, su sueño de que éste sea el rancho más importante del norte de Arizona se verá realizado. Porque yo ampliaré todavía más sus límites. Pero usted ya no lo verá, claro.

Los ojos de la hacendada tenían ahora un fulgor metálico.

Con voz que rechinaba masculló:

—Y supongo que yo moriría muy pronto, señor Leyland… Usted tendría prisa por llegar a cobrar la herencia.

—Ése es un asunto distinto.

Ella apretó los puños. Y escupió las palabras:

—¡Váyase! ¡Váyase de una maldita vez!

—Me iré, pero no estaré muy lejos, señorita Dawson. Sepa que he arriesgado demasiado en esta jugada para permitir ahora que todo se pierda. Ya le he dicho que tener bien atornillado a Talbot me costó mucho. Además, he pagado su entierro, un entierro de

gran categoría, porque a mí me gusta hacer las cosas bien. Tengo grandes recursos en mis manos y pienso emplearlos contra usted si no se aviene a razones. Ya sabe cuáles son mis demandas: Quinientos mil y la muchacha. Si acepta, seremos buenos amigos. Si quiere guerra, lo perderá todo.

Alzó levemente el sombrero, en un saludo irónico, y dio media vuelta para salir.

Jezabel le vio marchar como si estuviera hipnotizada.

En cuanto a Elena Dawson, apretó los labios y dijo rabiosamente:

—¡Maldito…!

—No debí haber dejado que marchara Red —dijo lentamente la dueña del rancho—. Necesitaría buscarlo, hacer que volviera otra vez aquí. Aquel tipejo no hablaba en broma.

Las dos mujeres estaban solas en el elegante comedor del rancho.

La luz de la pantalla se derramaba sobre sus facciones demasiado pálidas. Era ya de noche, y el ambiente estaba rodeado de silencio.

Jezabel no contestó.

Aún no había conseguido librarse de aquel clima de pesadilla, que por el contrario se intensificaba más y más.

Oír hablar de aquel asunto le seguía produciendo náuseas. Para acabar de ensuciarlo todo, sólo faltaba la intervención del cochino de Leyland.

Elena Dawson insistió:

—Debemos encontrar a Red…

—Red estará ahora muy lejos.

—¿Tú qué sabes?

—Lo presiento.

—Pues parece como si este asunto no te preocupara. Y te afecta más a ti que a mí.

Jezabel se encogió de hombros.

—¿Es que nada te importa ya? —preguntó Elena desabridamente.

—Quizá sea eso.

—O tal vez no tomas en serio las amenazas de aquel cerdo.

—Quizá sea eso también —dijo ambiguamente Jezabel.

En el fondo era verdad que no tomaba demasiado en serio a Leyland.

Éste le parecía un jugador de ventaja, un sucio tahúr, pero no con el poder suficiente para atacar un rancho tan enorme.

Y de pronto oyeron aquellas voces:

—¡Fuego!… ¡Fuego en la cuadra sur!…

Las dos mujeres se pusieron en pie y salieron precipitadamente. De un modo maquinal, sacaron dos rifles de un armero que estaba situado junto a la puerta.

Ambas sabían manejarlos bien.

Pero las llamas que salían de la cuadra sur, la más importante de las cuatro que había en el rancho, las dejaron horrorizadas. El recinto de madera no era más que una inmensa bola de fuego. Se distinguían vagamente las sombras de varios jinetes que arrojaban antorchas, y que seguramente habían rociado antes las paredes con petróleo.

Los mejores caballos debían haber perecido.

Los que intentaban salir de entre las llamas eran abatidos inmediatamente a tiros por los jinetes asaltantes. Éstos habían exterminado además a los escasos hombres que cuidaban de aquella cuadra.

Elena gritó:

—¡Malditos! ¡Mil veces perros malditos!

Jezabel no gritó tanto, pero en cambio hizo uso de su rifle. Todas las balas que había en la recámara fueron hacia el grupo de asaltantes.

La distancia, sin embargo, era demasiado grande, y las llamas hacían que se vieran sombras movedizas por todas partes. No acertó ningún disparo.

Los jinetes, una vez conseguido su propósito, galoparon hacia el edificio principal del rancho, disparando a mansalva. Debían tener órdenes de no matar a ninguna de las dos mujeres, pero sí de aterrorizarlas. Las balas silbaban por todas partes.

Jezabel tenía los dientes apretados.

Otra vez había surgido la fiera en ella, la pequeña fierecilla que se había educado en el penal de Leavenworth, que llegó a conocer a los peores asesinos y que a los diez años había huido hacia Arizona. El rifle no temblaba en sus manos.

Apretó el gatillo.

Uno de los jinetes lanzó un alarido y cayó de la silla. Cuando aún estaba revolcándose por el suelo, Jezabel lo remató de un nuevo balazo.

Los otros huyeron.

No se habían dado cuenta de que disparaba una sola mujer. Debieron pensar que llegaban varios vaqueros del rancho.

Además, su cometido ya estaba cumplido. No tenían por qué arriesgarse.

Elena Dawson apoyó la cabeza en una de las paredes de la casa.

Estaba aterrorizada.

Desde la lejanía, le llegaban los relinchos espantosos de los caballos que todavía no estaban muertos.

Jezabel tuvo que soltar el rifle y llevarse las manos a los oídos, apretándoselos con terrible fuerza.

El capataz llegó entonces con un revólver. Estaba a medio vestir.

—¡Señorita Dawson! ¡Señorita Dawson! ¿Qué ha ocurrido?

La mujer le miró fríamente.

—¿Es que se entera ahora?

—¡No estábamos prevenidos! ¡Nunca había sucedido una cosa así! ¡Esto es una locura!

Elena apretó los labios.

—En parte la culpa es mía por no haberles dicho que se pusieran en guardia. No creí que ese buitre se decidiera a atacar tan pronto.

—¿Qué buitre?

—Es cierto, usted no sabe nada… Pero no se preocupe de eso ahora. Vaya con algunos hombres y maten sin hacerles sufrir a los caballos que aún relinchan. Es espantoso…

El capataz y los que le seguían obedecieron.

Poco después se oyeron varias detonaciones, y los relinchos cesaron. La cuadra sur, donde había mucha paja almacenada, seguía siendo una gran bola de fuego.

Ahora aparecían hombres por todas partes. Y el escenario de la tragedia iba siendo iluminado con antorchas.

El capataz regresó cabizbajo.

—Le repito que no podíamos esperarlo, señorita Dawson. Es espantoso.

—¿Cuántos caballos han muerto?

—Todos.

—¡Santo Dios! Eran los mejores. Valían una fortuna…

—Lo siento, señorita.

—¿Y cuántos hombres?

Era muy típico de Elena aquello de preguntar por los caballos antes que por los hombres.

—Tres. Uno ha sido asesinado por la espalda.

Alguien gritó entonces:

—¡Eh! ¡Venid aquí…!

Señalaba el cadáver del hombre abatido por Jezabel. Todos se acercaron en grupo.

Era un tipo barbudo y sucio, un auténtico desecho. Pero desechos como aquél eran alquilados en Arizona para destruir y matar. Uno de los vaqueros masculló:

—Es Ipper…

—¿Este fulano?

—Sí… Un pistolero de los que se alquilan por poco dinero. Estaba condenado a muerte tres veces, pero no habían podido echarle el guante nunca.

—Ahora tampoco se lo echarán —dijo secamente Jezabel—. ¡Enterradlo con los caballos!

Los *cowboys* obedecieron. Sólo el capataz permaneció junto a las dos mujeres.

—¿Quién ha podido hacer esto, señorita Dawson? Nunca nos habían atacado, a no ser una cuadrilla que anduviera de paso. Esto es inexplicable.

—Pues me temo que esto sólo sea el principio. Nos atacarán otra vez.

—¿Quién?

—Un tipo llamado Leyland.

—Jamás le he oído nombrar. Mejor dicho… Tal vez sí. Quizá sea uno que tiene una casa de juego en Tucson. Una casa de juego donde también hay chicas.

—Sí, ese mismo debe ser…

—¿Pero por qué? ¿Qué tiene que ver con usted?

—Ya lo sabrá. Y ahora va a hacer dos cosas, amigo mío. Una, avisar al *sheriff*.

—¿Y la otra?

—Contratar pistoleros. Búsqueme a la gentuza más indeseable que exista, con tal de que sepa apretar el gatillo. Gentuza que haya nacido para matar.

CAPÍTULO VI

El capataz no volvió a presentarse a ellas hasta el mediodía siguiente.

Tenía un aspecto más risueño que la noche anterior, aunque la mueca de preocupación no se había borrado de su rostro, ni mucho menos.

—He cumplido su encargo, señorita Dawson.

—¿Tiene pistoleros?

—No ha sido fácil, pero…

—¿Cuántos tiene?

—Dos.

—Son pocos.

—Espere a verlos. Son tipos que infunden respeto a cualquiera. Y conseguiré más.

—¿Dónde están?

—No he querido traerlos al rancho hasta que usted los aceptara. Nos esperan en el saloon. Usted puede entrar allí con cualquier pretexto y verlos.

—Bien. ¿Me acompañas, Jezabel?

La muchacha afirmó, pero encogiéndose de hombros al mismo tiempo.

Parecía estar ausente otra vez, como antes de que el ataque se produjera.

Diríase que todo le importaba ya muy poco.

Las dos mujeres montaron a caballo y, acompañadas del capataz, se dirigieron a la población. Ésta mostraba otra vez sus calles extrañamente quietas y solitarias. A Jezabel le recordaron las de aquella mañana en que conoció a Red. La mañana en que a la ciudad acababa de llegar el pistolero Wynman.

En el saloon apenas había media docena de personas.

Dos de esas personas estaban apoyadas en la barra. Uno de los hombres contratados como pistoleros era alto, rubio y de facciones que tenían una cierta nobleza, dentro de su tosquedad. El otro era el clásico asesino barbudo y desaliñado que uno quisiera ver bien lejos, pero que resulta una eficaz ayuda cuando se trata de matar y se le tiene en las filas propias.

A Elena Dawson le parecieron bien.

Pero necesitaba más. Hacían falta más hombres para dar un baño de sangre a aquel condenado Leyland.

¡Si estuviese Red…!

El capataz murmuró a su oído:

—¿Qué le parecen?

—Los dos tienen pinta de ser del oficio.

—Lo son. Cada uno de ellos es capaz de agujerear un dólar a veinte yardas.

Elena se acercó pensativamente al rubio.

—¿Cómo te llamas?

—Donovan.

Luego miró al barbudo.

—¿Y tú?

—Custer.

—¿Como el general?

—Ujú.

—Me gustaría saber si eres capaz de matar a tantos tipos como ha matado Custer.

—Pruebe.

En aquel momento se presentó una ocasión que ni pintada.

Porqué por la puerta del saloon entró Leyland.

El tahúr vestía tan elegantemente como la vez anterior, pero no empleó ninguna cortesía. Se detuvo en el centro del local y miró a las dos mujeres socarronamente.

—Estáis muy guapas —dijo con desparpajo—. Me gustan vuestras curvas.

Jezabel apretó los labios.

—¿De veras?

—Mucho. Lástima que la ley no permita aquí casarse con dos mujeres. Pero tal vez lleguemos a un acuerdo.

Las palabras sonaron como trallazos en los oídos de las dos mujeres. Ambas a la vez se pusieron lívidas.

Elena masculló:

—Se está jugando la vida, Leyland.

—Al contrario, la que te la juegas eres tú. Oí decir que anoche se te quemó la cena.

La lividez de las dos mujeres aumentó. Elena Dawson estaba a punto de estallar.

—Oiga, Leyland… ¿Ve esos dos hombres?

—Claro que los veo… Hacen bastante bulto.

—Acabo de contratarlos como pistoleros. Sólo tienen que mover un dedo para dejarlo convertido en un colador.

—Celebro que me lo digas.

—¿Lo duda?

—No dudo nada, pero yo soy más rápido que ellos.

—¿Es que los desafía?

—No tengo inconveniente.

Los dientes de Elena castañetearon.

Era la ocasión que esperaba. El propio Leyland se la ponía que ni pintada.

Nadie culpa a nadie por matar en un desafío. La cuestión quedaría resuelta en cuanto aquellos dos pistoleros baleasen a Leyland.

Masculló:

—¡Matadle…!

Leyland fue a llevar la mano al revólver.

Pero de sobra se vio que no sería ni la mitad de rápido. El pistolero rubio, el llamado Donovan, lo era mucho más que él.

Logró encañonarle. Fue a disparar.

Y en ese momento su cara se convirtió en una mancha roja.

Cayó a tierra lanzando un grito de horror, mientras soltaba el revólver.

Las dos mujeres también chillaron a la vez.

Hasta unos segundos más tarde no comprendieron lo que había ocurrido. Hasta que vieron la expresión diabólica de Custer, el barbudo, que acababa de asesinar a su compañero.

Leyland susurró:

—Éste tipo, Custer, ha fingido contratarse para vosotras, pero en

realidad trabaja para mí. Ya veis que lo tengo bien controlado todo. Estáis absolutamente perdidas…

El capataz se arrodilló ante el cadáver. Estaba atónito. Le levantó la cabeza como si aún no se hubiese convencido de que estaba muerto.

—¡Canalla! —gritó—. ¡Asesino…!

Pero Custer no estaba dispuesto a oír palabras poco agradables. Decidió silenciar al capataz.

Movió un poco la derecha, apretó el gatillo otra vez y le voló la cabeza.

En menos de dos minutos había cometido dos asesinatos.

Pero eso no parecía importarle demasiado. Sopló en el cañón del revólver y sonrió.

Leyland dijo con voz meliflua:

—Perfecto, muchacho… Y ahora vas a tener tu premio, aparte de lo que pienso pagarte.

—¿Qué premio?

—Verás las piernas a estas chicas.

Lo mismo Jezabel que Elena sentían como si se ahogasen. Les parecía que aquello no era realidad; que vivían una pesadilla.

Leyland murmuró:

—Vamos a verlas, Jezabel.

—¿Qué pretende?

—Ya que voy a comprarte, es justo que antes examine la mercancía.

—Es…, ¡es el cerdo más repugnante que he conocido!

Leyland sonrió. Tenía varios dientes de oro. Su sonrisa recordaba extrañamente la de un muerto.

—En muchos sitios dicen que yo soy el propio diablo, que soy la encarnación del mal. Bueno, eso no me ofende… Ser el propio diablo resulta agradable cuando hay en el mundo chicas tan bonitas como tú. Y no me hagas perder más la paciencia. ¡Arriba el telón!

Jezabel sonrió de una forma extraña.

Y dijo inesperadamente:

—Con mucho gusto, señor.

Tomó el borde de la falta y se la subió poco a poco.

Hasta las rodillas.

Leyland había abierto unos ojos como platos.

No recordaba haber visto jamás una chica así.

Adelantó la mandíbula, obsesionado, a punto de lanzar un grito de entusiasmo.

Y, en efecto, lanzó un grito.

Pero fue de dolor.

Jezabel había alzado su falda para tener las piernas más libres, y apenas tuvo «campo de tiro» suficiente, disparó la derecha. La puntera de su zapato se clavó en la mandíbula de Leyland.

Éste cayó hacia atrás, con la sensación de que le habían roto un hueso.

Masculló:

—¡Condenada…!

Elena Dawson fue a tomar por el cuello una botella para romperla sobre la cabeza del granuja. Pero Custer se lo impidió. La manaza del bandido tiró de ella, haciéndola caer a tierra.

Leyland se había levantado también.

Con pies y manos empezó a golpear a las dos mujeres. Custer, lanzando gritos de entusiasmo, le ayudaba. Y aunque Jezabel y Elena se defendieron, pronto se vio que, luchando a cuerpo limpio, eran demasiado débiles para aquellos dos canallas.

CAPÍTULO VII

—… Y Jezabel tiene unas piernas maravillosas —dijo el hombre —. Todo el mundo se las vio.

Los que estaban en la pequeña casa de postas, esperando a la diligencia, le escuchaban en silencio.

Estaban embelesados.

Todas aquellas conversaciones de piernas de chicas, en especial las de Jezabel, de cuya belleza habían oído hablar, les traía locos.

Un hombre que estaba al fondo del local se removió inquieto.

Hasta aquel momento no había participado en la conversación. Estaba quieto y pensativo, ante una jarra de cerveza. Fumaba un largo cigarro, del que a veces daba lentas chupadas.

Poco a poco se levantó.

Todos vieron sus ojos quietos y crueles, parecidos a dos puntas metálicas.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó, dirigiéndose al que acababa de hablar.

—Y tan seguro…

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó el dueño del saloon. Él no se atrevió a intervenir.

—¿Ni un momento?

—Bueno, cuando ellas estaban cubiertas de sangre, pidió a los granujas que las dejasen en paz. Que ya estaba bien.

—¿Llegaron a desnudarlas?

—No, no del todo, pero mucha cosa sí que se les vio. Esa Jezabel es algo de campeonato… ¿Y recordáis a la orgullosa, a la inasequible Elena Dawson? ¡Pues resulta que por dentro está mejor que una bailarina!

El que contaba todo aquello lanzó una carcajada. Una carcajada

que se le cortó de repente.

El gancho de izquierda le hizo volar hasta la pared que tenía a su espalda, lanzó un alarido, mientras escupía dos dientes.

Ciego de ira, sacó el revólver.

La bala le hizo añicos el «Colt». No le rozó siquiera la mano, aunque le produjo una terrible sensación de quemadura. El tipo se quedó mirando hacia el frente con les ojos desorbitados, terriblemente quietos, como si ya estuviese muerto.

—¡Caray, Red, qué genio gastas…! —dijo al cabo de unos instantes, con un soplo de voz.

Y Red, dirigiéndose hacia la puerta, masculló, mientras arrojaba al suelo el billete que ya había comprado para la próxima diligencia:

—Gasto el genio que me da la gana…

CAPÍTULO VIII

A pesar de que aún tenían cicatrices en la cara y moraduras en las piernas, ni Jezabel ni Elena Dawson estuvieron quietas demasiado tiempo. La dueña del rancho decidió volver a la ciudad para una cosa muy concreta.

Pedir ayuda al juez.

Con el *sheriff* no se podía contar, pues se había inhibido completamente, como si no existiera, cuando Custer y Leyland les dieron aquella paliza. Pero tal vez el juez se decidiera a hacer algo. En todo caso, aquél era un paso que Elena Dawson no tenía más remedio que dar.

En el juzgado no encontró más que a un ayudante. Éste le informó de que el juez estaba en el saloon.

Ambas mujeres decidieron ir allí.

No se habían hablado en dos días, pero ambas estaban de acuerdo en una cosa: en la necesidad de defenderse. Y por eso no perdieron un minuto en circunloquios.

Notaban que todo el mundo las miraba.

La noticia de lo ocurrido había circulado de boca en boca, en especial entre los hombres. Y ninguno dejó de hacer su comentario sobre la calidad de las piernas de las dos mujeres.

—No tuvieron más remedio que enseñarlas.

—Les dejaron las medias hechas cisco.

—Y ninguna de las dos gritó. Mantuvieron el orgullo hasta el final. ¡Aquello era bárbaro!

Mientras caminaban, Jezabel y Elena notaban aquellos pensamientos tras las miradas de los hombres. Y les parecía oír aquellos comentarios en sus bocas.

Cuando entraron en el saloon, el juez, que estaba bebiendo,

lanzó un respingo.

—Pero… ¿pero qué hacen ustedes aquí?

—Necesitamos hablarle —dijo Elena Dawson.

—¿Hablarme? ¿Para qué?

—Usted sabe perfectamente lo que ocurrió el otro día. Lo que ocurrió aquí mismo.

—Sí, claro…

—Queremos que intervenga —dijo Elena—. Ésta ha sido hasta ahora una tierra civilizada. Crímenes como ése no pueden quedar impunes.

—Desde luego, pero ¿han hablado con el *sheriff*?

—Es inútil —murmuró Jezabel—. Supo lo que ocurría y no intervino.

—Pues entonces…

—¿Pues entonces qué?

—Verán… Deben hacerse cargo. El *sheriff* es quien debe guardar la ley aquí. Yo me limito a juzgar los hechos.

—¿Eso quiere decir que no piensa hacer nada?

El juez carraspeó:

—Señorita Dawson…, ¡ejem! ¿No podríamos hablar en mi despacho?

—¡Podemos hablar aquí!

—Bueno, en tal caso le daré mi opinión… Están ustedes metidas en un mal asunto. Muy mal asunto, diría yo… Leyland tiene medios suficientes para destruir su rancho.

—Lo sabemos.

—Y no podrán protegerse alquilando pistoleros. Leyland los conoce a todos. Tiene más mano para eso.

—Si tuviéramos pistoleros no recurriríamos a la ley —dijo cínicamente Elena.

—Ejem… No dejo de comprenderlo. ¿Pero por qué no llegan a un acuerdo?

—No hay acuerdo con ese tipo.

—Hablando de dinero todo el mundo se entiende…

Jezabel dijo secamente:

—Es que ese tipo ha hablado de dinero… y de piernas.

—También la gente puede entenderse en eso.

Jezabel tuvo ganas de escupir al suelo. Se contuvo a duras

penas.

—Me temo que sea usted una sola cosa, juez. Un redomado cobarde.

—No me juzguen mal… Sólo trato de aconsejarles lo más beneficioso.

—Pues le diré algo que todavía ignora —masculló Elena Dawson —. Aquí va a estallar la guerra.

—Eso es fácil de decir ¿pero con qué medios cuentan para enfrentarse a Leyland?

—Ya veremos más adelante. —Y Elena Dawson hizo un ademán enérgico—. Ahora dese por enterado de una cosa juez.

—Usted dirá.

—Usted conoce la zona de mi rancho en que hay dos altos árboles y que limita con las que eran tierras de Talbot.

—Claro que lo conozco.

—Pues bien, voy a prolongar mis dominios. Tengo derechos preferentes para adquirir aquello, ya que las tierras son colindantes. Voy a hacer labrar desde los árboles hasta el fondo de las tierras de Talbot. Y luego que vengan a reclamarme.

El juez tenía una bola en la garganta.

¡Diablo con aquella mujer! ¡Era capaz de hacer lo que decía! ¡Estaba dispuesta a llegar hasta el fin!

Fue a decir algo, pero en ese momento se encontró con la mirada de Jezabel.

Era una mirada aterrorizada, perdida.

Causaba una sensación extraña, inolvidable.

Pero Jezabel no le miraba a él, sino a Elena.

—¿Qué has dicho? —murmuró.

—Lo has oído perfectamente. Pienso hacer labrar todas aquellas tierras.

—¿Eso quiere decir que los caballos y el arado pasarán por allí?

—Labrar quiere decir eso, ¿no? ¡Caballos y arado!

—¡No lo harás!

Elena le miró atónita.

La verdad era que no esperaba aquello. Y no entendía a la muchacha.

—¿No lo haré? ¿Por qué?

—¡Allí hay una tumba!

Elena Dawson apretó los labios.

—Ya lo sé. La tumba de una persona desconocida. Siempre estuvo allí. ¿Y qué?

—¡No la tocarás!

Elena Dawson abrió un poco los ojos, asombrada, entendiéndolo cada vez menos.

—¡El Oeste está lleno de tumbas! ¿Qué te importa a ti aquélla?

Jezabel preguntó con voz ronca:

—¿Por qué crees que llegué a tus tierras desde tan lejos? ¿Crees que me detuve en ellas sólo por casualidad?

—No te entiendo…

—¡Pues entiéndelo de una vez! ¡Aquélla es la tumba de mi madre! ¡De mi verdadera madre, no una pervertida como tú!

El insulto produjo en Elena Dawson la misma impresión que si le hubieran clavado una bala entre las cejas.

Palideció intensamente, y sus labios temblaron. Dio la sensación de que iba a caer hacia atrás.

Al fin se rehízo, pero una expresión de ira asomó a sus ojos.

Jezabel era demasiado joven para comprender a una mujer que era joven también, pero que le doblaba la edad. Jezabel no había comprendido nunca hasta qué punto Elena Dawson había puesto sus esperanzas, sus ilusiones en ella, como si fuese una verdadera hija.

No comprendía hasta qué punto Elena Dawson había sido ambiciosa pensando solo en ella, en Jezabel.

El brazo derecho de la mujer se movió. Saltó como una serpiente.

La seca bofetada hizo estremecer a Jezabel, que dio un paso hacia atrás.

Apretó los labios y respondió a la agresión. Estaba ciega de ira. La bofetada hizo temblar ahora la cara de Elena.

Ésta lanzó un grito.

Fue algo instintivo. Sin pensarlo, se arrojó encima de Jezabel y la hizo caer por tierra.

Las dos mujeres rodaron una encima de otra.

Estaban como locas.

Ninguna de las dos se preguntaba por los motivos de su odio, pero ambas lo conocían perfectamente. Jezabel nunca le podría perdonar que hubiera comprado a Red, mientras que a Elena le

había herido de muerte el hecho de que Jezabel le hablara de su verdadera madre.

—¡Destruiré esa tumba! ¡Haré que los caballos pasen por ella!

—¡Calla, maldita!

Sus vestidos se desgarraban, sus uñas castigaban sin piedad los rostros.

La expectación y el entusiasmo de los que estaban en la puerta iba creciendo.

—¡Eh, muchachos, mirad qué piernas!

La pelea amenazaba terminar en algo peor que una bacanal.

Si la mesura se perdía del todo, era posible cualquier barbaridad.

El dueño del saloon sudaba de angustia. Ya había tenido bastante con la otra vez, cuando Custer propinó a las dos mujeres aquella brutal paliza. Hubiera dado la mitad de su establecimiento porque aquello terminase. No sabía qué hacer.

Al fin creyó ver una solución.

En sus volteretas, las dos mujeres habían llegado junto a la puerta abierta de un cuartito donde se guardaban algunos barriles vacíos. Sólo empujándolas un poco ya era posible hacerlas entrar allí.

Y eso fue lo que hizo el dueño del local.

Las empujó, y cuando ambas mujeres hubieron desaparecido en el interior, cerró la puerta.

Un murmullo de desencanto se extendió entre los espectadores.

Era evidente que a nadie la había hecho la menor gracia aquello.

Sobre todo a Custer, que había asistido al «espectáculo» desde la primera fila, abriéndose paso a codazos.

—Eh, muchachos, dejadme ver. Esto es para gente inteligente como yo…

Y de pronto masculló:

—¡Maldita sea…!

El dueño del saloon, después de cerrar, había arrojado la llave por la ventana.

Custer se acercó a él.

—¡Abre esa puerta, imbécil!

—La juerga ha terminado, Custer.

—¡Quiero ver a las chicas!

—¡Ya no se pelean! ¡No se oye ningún ruido! ¡La fiesta ha terminado, se lo repito!

En efecto, no se oía ningún ruido detrás de la puerta cerrada.

Las dos mujeres, alumbradas sólo por un pequeño tragaluz que había en el techo, se habían detenido, dejando de castigarse. La sensación de haber quedado encerradas las hizo estremecerse, olvidándose por unos momentos de todo lo demás.

Jezabel se llevó una mano a los ojos.

—Dios mío… ¿Qué hemos estado haciendo?

Los labios de Elena Dawson dibujaban una mueca amarga.

—He empezado yo —susurró—. Yo tengo la culpa.

Y añadió levemente:

—¿Es de verdad aquélla la tumba de tu madre?

—Sí.

—¿Y por eso viniste desde tan lejos? ¿Por estar cerca de ella recorriste la mitad de Estados Unidos?

—Sí.

Elena se mordió el labio inferior.

—Si esa mujer te viera, debería estar orgullosa. Ha de ser magnífico tener una hija así. Pero ¿por qué no me lo dijiste antes?

—Porque me parecía que, sabiéndolo yo sola, la tumba era más mía.

—¿De modo que tú viviste en mis tierras?

—Cuando era muy niña.

Elena Dawson echó la cabeza para atrás, mientras su rostro se cubría con un velo de tristeza.

—Siento no haber tenido una hija como tú. Siento haber vivido hasta ahora de una simple ilusión.

—Pero eso no tiene sentido, Elena… ¿Por qué no te casaste? ¿Por qué no tuviste hijos como las otras mujeres?

—Porque no podía.

—¿Que… no podías?

—No, y conste que muchos hombres me han preguntado lo mismo. Pero jamás he explicado a nadie los verdaderos motivos de mi conducta.

—¿Cuáles son esos motivos?

Elena Dawson cerró un momento los ojos.

Parecía como si por detrás de ellos desfilaran todas las escenas

de su vida, una vida que todo el mundo consideraba maravillosa y que quizá había estado llena de desventuras íntimas, de dolores y de renuncias.

—Hace bastantes años —murmuró—. Más o menos cuando yo tenía tu edad… Yo no vivía en esta tierra, sino al norte. La zona era más salvaje aún. La vida de un hombre no valía nada, y la vida de una mujer tampoco, una vez había sido conseguida.

La muchacha escuchaba en silencio aquellas palabras susurrantes y tensas.

No oía nada más. Ni siquiera se había enterado de que Custer estaba despotricando tras la puerta.

—¿Qué… ocurrió contigo?

—Oh, lo mío es una historia vulgar. Mi tragedia es de lo más vulgar y oscuro que existe. Una bala perdida me alcanzó en el vientre. Pude salir con vida, después de una terrible hemorragia, pero supe que ya nunca podría tener hijos. Perdí todas las esperanzas hacia los veinte años.

—¿Entonces…?

—Ésa fue la razón de que nunca quisiera casarme. Además se dio la circunstancia de que ningún hombre me interesaba de verdad. Pero mi tragedia era ésa, la de saber que nunca podría tener hijos. Y por eso, cuando te encontré a ti, sentí la ilusión que puede sentir una madre. Me parecía…, me parecía providencial. Y he sido egoísta por ti, Jezabel. Por ti he querido convertirme en la mujer más poderosa del norte de Arizona. Para que tú también lo fueses…

Jezabel estaba muy callada.

Sentía un nudo muy espeso en la garganta. Le era difícil respirar.

Y las lágrimas quemaban en el fondo de sus párpados.

Mientras tanto, en el exterior, Custer estaba llegando ya al límite de su paciencia.

Quería ver de nuevo a las dos mujeres. Y estaba frenético porque no abrían aquella puerta.

Acercó la mano a la culata.

—Saltaré la cerradura de un balazo. Y luego van a ocurrir cosas peores —masculló.

E iba ya a cumplir su amenaza cuando alguien dijo lentamente desde la puerta:

—Estás muy impaciente, Custer…

Custer se volvió.

Sus facciones enrojecieron al ver al tipo que estaba en el umbral, y que dejaba tranquilamente en el suelo la silla de montar que hasta aquel momento había llevado sobre los hombros.

Conocía bien a Red. Todos los pistoleros de Arizona se tenían fichados unos a otros. Componían una especie de pequeño ejército cuyos miembros eran aliados a veces, pero generalmente mortales enemigos.

Custer masculló:

—¿Qué haces aquí?

—He venido por ti, precisamente.

—¿Por mí…?

—He oído contar cosas muy divertidas.

—¿Por ejemplo…?

—Que das a las mujeres cada paliza de espanto.

—Te refieres a esas dos zorras…

—Me refiero a las que sea. Y me gustaría que me dieras detalles, amigo Custer.

El pistolero rió.

No sabía aún en qué plan había venido Red, pero fuera como fuere no había motivo para inquietarse.

—Precisamente esperaba repetir el número —dijo.

—¿De qué modo?

—Esas dos mujeres están encerradas ahí. Y voy a sacarlas.

—Veo que estás muy animado, Custer.

—Me parece que quieres burlarte de mí. ¿Es que has venido en plan de guerra?

—No… —Red rió levemente—. Sólo quería admirar tus habilidades. Saber si con los puños eres tan temible como dicen por ahí…

Custer arrugó el ceño.

—Vas a lamentar esto, Red…, si te da tiempo.

Movió instantáneamente la mano derecha y llevó los dedos hasta la culata de su revólver.

Pero fue demasiado lento en comparación con Red. Éste hizo otro de sus fabulosos disparos a través de la funda.

El «Colt» de Custer saltó hecho añicos.

El pistolero retiró la mano, como si se la hubiesen quebrado. En

sus ojos brilló una expresión de asombro.

Nunca habían tirado contra él de aquella manera.

Aún no comprendía cómo Red pudo hacerlo.

Pero había un hecho cierto, y era que no le había matado. Eso le envalentonó.

—¡Te voy a destrozar igualmente! —mascullló—. ¡Te destrozaré con mis puños!

—Pero, hombre… ¡qué mal educado eres! ¡Si yo sólo quería invitarte!

—¿Invitarme a qué?

—Pues…, por ejemplo, a cerveza.

—Quieres reírte de mí, Red… ¡Y los que se ríen de Custer lo pagan con la vida!

Se lanzó hacia adelante, moviendo los puños como las aspas de un molino.

Su ataque era tan frenético como desordenado. No se dio cuenta de que presentaba numerosos puntos descubiertos, entre ellos su mandíbula.

El puño derecho de Red subió como una exhalación.

Pasó por entre la guardia descuidada de Custer y se estrelló en el mentón de éste, haciéndole tambalearse.

Red no descansó.

En dos segundos le había proporcionado dos golpes más, ahora a los flancos, haciendo que Custer se encogiese y gritara de dolor.

El puño derecho volvió a subir.

Custer voló ahora materialmente, quedando casi sentado encima de la barra.

Les golpes habían repercutido en su cráneo. Lo veía todo como hundido entre sombras.

Pero Custer era cualquier cosa menos un alfeñique. No lo dio todo por perdido.

Se lanzó al ataque, con la cabeza baja, buscando arrollar a su temible enemigo.

Para Red aquello era un juego. Estaba acostumbrado a vapulear a tipos mucho más listos.

Dejó llegar a Custer, y entonces alzó la rodilla. Toda la cara del pistolero contra ella.

No veía nada, pero aún intentó atacar. Lo hizo esta vez de una

manera indirecta.

Sujetó una de las botellas que había sobre las mesas, le rompió el fondo y la empuñó transformada en una temible línea de aristas parecidas a cuchillos.

Red tragó saliva.

Un impacto con aquello podía ser mortal. No quería pensar en lo que ocurriría si le alcanzaba la garganta.

Por eso fue él quien atacó ahora. No debía permitir que su enemigo se recuperase.

Cuando Custer se lanzaba a fondo, él le hizo una llave y le sujetó el brazo derecho. Se lo retorció.

Se oyó un espantoso alarido. Custer se dio cuenta, con horror, de que ya no podía moverlo.

Dos terribles golpes a los pómulos se los desollaron por competo.

Custer se tambaleaba. Sentía que sus rodillas apenas podían sostenerle.

Pero no era presa fácil. Se mantuvo en pie.

—Peor pará ti —masculló Red.

Estaba decidido a acabar con Custer. Lo había condenado a muerte desde el momento en que llegó a la ciudad.

Un golpe le impulsó hacia atrás. Dio de cabeza contra la barra.

Red le dio dos golpes más. Luego pidió:

—Cerveza.

El dueño del saloon creía ver visiones.

—¿Queé…?

—Llene de cerveza ese barreño. ¡Vamos, pronto! ¡He dicho a este tipo que lo invitaría y voy a hacerlo!

Custer apenas podía moverse.

No se dio cuenta de lo que iba a suceder hasta que su cabeza fue introducida en el barreño.

Entonces aulló, pero ya era tarde.

Estaba siendo ahogado en cerveza.

Sus piernas se movieron espasmódicamente, mientras todos los testigos guardaban un macabro silencio.

Al fin dejó de moverse.

Sus miembros quedaron fláccidos. Su cuerpo era como el de un muñeco desmadejado.

Al soltarlo Red, cayó lentamente a tierra.

—No puede quejarse —dijo el joven—. Ha tenido una muerte dulce.

El dueño del saloon tartamudeó:

—La… la cerveza es amarga.

—Pero ahogarse en ella y en un día caluroso como hoy, no es un castigo demasiado severo. Llévenselo.

Dos hombres tomaron a Custer por las manos y lo arrastraron como a una res.

Luego Red también salió hacia el exterior.

Cuando el dueño del saloon abrió la puerta y sacó a las dos mujeres de allí, ya no se le veía por ninguna parte.

CAPÍTULO IX

Elena Dawson miró en torno suyo. No había oído ningún disparo, aunque sí varios gritos y golpes. Y le sorprendió encontrar en el saloon un ambiente tan apacible.

—Me había parecido oír la voz de Custer… —susurró.

Uno de los que se hallaban junto a la barra dijo:

—Sí. Custer estaba aquí.

—¿Estaba…?

—Pero se ha ido.

—No se habrá ido por su voluntad. Ese Custer es un…

—Diga más bien que era, señorita. Red lo ahogó. Le metió la cabeza en ese barreño de cerveza.

Jezabel balbució:

—¿Red ha estado aquí?

—Sí, señorita.

—¿Y se ha ido? ¿Cómo es posible?

—Parecía tener interés en que no le viese nadie. Ya debe saberlo usted. Es un tipo un poco raro.

La muchacha hizo un gesto de decisión.

—He de encontrarlo.

—No puede haber ido lejos. Hace apenas unos minutos estaba dando el pase a Custer.

La muchacha se dirigió hacia la puerta. Elena Dawson la siguió con decisión.

—Jezabel…

Ella se volvió. Estaban en el porche. Jezabel sintió clavados en los suyos los ojos húmedos de la que había considerado como su madre.

Los labios de Jezabel se entreabrieron para susurrar:

—Dime…, mamá.

Aquella chispita húmeda que palpitaba en los ojos de Elena Dawson se hizo más clara, más intensa. Pero Elena era una mujer acostumbrada a luchar y que sabía dominarse. Su voz era ya perfectamente natural cuando dijo:

—Comprendo que te hice daño, Jezabel. Tú estás enamorada de Red.

—¿Para qué negarlo? —susurró Jezabel—. Al principio no sabía lo que era aquello, pero ahora sé el nombre que tiene. Ahora sé que es el amor más intenso y quizá más desesperado que sentiré en mi vida.

—Ve con Red, Jezabel.

—Pero tú…

—A mí nunca me interesó. Es demasiado joven para mí. Yo sólo necesitaba un pistolero que se enfrentara a Talbot.

—Es que la gente murmurará… ¡estuviste a punto de casarte con él!

—Te agradezco que hayas pensado en mí, Jezabel, pero lo que la gente piense ya no me importa. Los hombres de esta puritana ciudad me han visto con las ropas semi destrozadas y saben ya cómo son mis piernas. ¿Qué importa aunque murmuren? Venderé mi rancho y me iré de aquí. Sólo es un trozo el que voy a conservar.

Dijo suavemente:

—Aquél en que está la tumba de tu madre.

Jezabel cerró un momento los ojos.

Se sentía conmovida. Notaba una sensación desconocida y punzante en la garganta en el fondo de los ojos.

—Elena… —susurró—. Yo quisiera decirte que…

Pero no llegó a hacerlo.

Porque en aquel momento, viniendo de una de las casas fronteras, sonó un disparo que hizo estremecer la calma de la mañana.

CAPÍTULO X

Elena Dawson no gritó. Sólo llevó la mano derecha a su pecho, donde acababa de dibujarse una brusca mancha de sangre.

Jezabel se estremeció, recorrida por un espasmo.

Una segunda bala vino inmediatamente hacia ella, pero el tirador debía estar nervioso y falló por décimas de pulgada. La muchacha se dejó caer al suelo y arrastró a Elena hacia la parte interna del porche, donde no pudieran alcanzarla los nuevos balazos. Dos proyectiles más la siguieron, picoteando las tablas, pero no la pusieron en verdadero peligro.

Todos los hombres que estaban en el saloon, junto a la puerta, corrieron a refugiarse también en el fondo del local. Junto a las dos mujeres no quedó nadie. Y entonces Jezabel se dio cuenta de que en aquella ciudad nadie la ayudaría, de que aquél era un lugar perdido donde sólo Red —si aún estaba allí—, impondría la ley.

Pero todos aquellos pensamientos se desvanecieron ante el gemido ahogado de Elena. La miró, sosteniéndole la cabeza entre los brazos, y se dio cuenta de que una palidez terrible había invadido sus facciones.

La bala, disparada a poca distancia, había sido de las que no perdonan.

Elena Dawson tenía el pecho atravesado. El pesado proyectil de rifle había salido por la espalda. De su boca escapaba un espeso hilo de sangre.

Con ojos extraviados, musitó:

—Jezabel… Yo hubiera querido tener una hija como tú… Yo todo lo hice por… por…

Jezabel la besó con suavidad en la frente. Sabía que Elena no iba a hablar más. Que ya no terminaría ni siquiera aquellas patéticas

frases.

—Te vengaré… —susurró—. Juro que te vengaré…, mamá.

Notó un estremecimiento en sus brazos.

Elena Dawson había quedado rígida.

Ya no era la mujer más rica de la comarca. Ya no era nada, salvo un cuerpo patéticamente rígido en el fondo de un porche.

Jezabel oyó un chirrido.

No se dio cuenta de que había sido producido por sus propios dientes.

Soltó el cadáver y salió del porche, a cuerpo descubierto. Alguien gritó desde el interior del saloon:

—¡Está loca!…

Pero Jezabel ya no le oía. Una terrible ansia, a la que no sabía dar nombre, la dominaba por completo. No le importaba morir.

En el porche, sobre una silla de mimbre, había un rollo de cuerda. La muchacha lo tomó en sus manos.

Lo que estaba haciendo era absurdo. ¿Qué podía pretender con un pedazo de cuerda? ¿Había perdido el sentido de la realidad?

Desde su escondite, Leyland la miraba con una sonrisa torcida.

Sabía que había acabado con Elena Dawson. Sabía que acabaría también con esta muchacha que tan fácilmente se ofrecía como su víctima.

Movió la palanca del rifle.

Tres hombres más, convenientemente apostados, esperaban su señal. A éstos no los había visto nadie aún.

Sólo él sabía que estaban allí.

Quería exterminar a Jezabel como había hecho con Elena, pero había otra presa que le importaba aún más. Aquella presa era Red.

Esperaba verlo aparecer de un momento a otro. Habría vuelto al oír los disparos.

Y, en efecto, Red apareció. Asomó bruscamente, con el revólver preparado, por un extremo de la calle.

Leyland fue a hacer fuego sobre la muchacha. La bala disparada por Red casi le arrancó cabellos de la cabeza.

No le quedó más remedio que encogerse. Pero contaba con una ventaja fundamental: Red creía que él estaba solo.

En efecto, el joven avanzó en zigzag, haciendo fuego de cobertura para poder aproximarse a él sin que el otro le baleara.

Sólo se fijaba en Leyland, al que, en efecto, creía solo.

Jezabel seguía a cuerpo descubierto.

Red masculló:

—¡Cuidado! ¡Estás loca!

Se lanzó en plancha, sujetándola por la cintura, y la hizo caer, para que así, cuerpo a tierra, no ofreciese tanto blanco. Fue en aquel momento cuando los tres pistoleros de Leyland dispararon casi a la vez.

El movimiento de Red les había sorprendido mientras cerraban los dedos sobre los gatillos. Las balas aullaron inútilmente por el centro de la calle.

Red alzó la cabeza sólo un poco. Sus ojos se habían enturbiado.

—De modo que ésa era la trampa de Leyland… —masculló.

Dio un salto y cayó junto al porche, mientras varios proyectiles contorneaban su figura. Un nuevo salto le puso a cubierto. Recargó su revólver.

Tenía los dientes tan apretados que le hacían daño. Sus ojos despedían un brillo febril.

—Muy bien… —susurró—. Ahora sabréis lo que es el plomo disparado a quemarropa…

Fue arrastrándose por el porche. Jezabel, mientras tanto, se había puesto a cubierto ya. De repente parecía imperar en toda la ciudad un macabro silencio.

Leyland sentía que sudaba. La camisa se le había ido pegando al cuerpo.

Hizo una seña, y sus hombres se dispersaron un poco. El objetivo era abrirse para disparar en abanico, cazando así más fácilmente a Red.

El primer pistolero que puso el pie fuera del porche lanzó un alarido y empezó a moverse espasmódicamente, pero cualquiera podía darse cuenta de que sólo tenía vida para unos minutos.

Leyland masculló:

—Maldito…

Otro de sus hombres se arrastraba por el porche, sobre los codos. Vio de frente a Red, a unas veinte yardas de distancia.

Los dos fueron a gatillear, pero sólo uno terminó por completo el movimiento. Ese uno fue Red, cuya bala atravesó por completo la frente de su enemigo.

Leyland había visto aquello.

Él estaba cerca del pistolero muerto. Teóricamente, quedaba a tiro también.

Una exclamación angustiosa sacudió su garganta.

Retrocedió sobre sus rodillas, de la mejor forma que pudo, mientras disparaba rabiosamente y sólo pensaba en cubrirse. La camisa estaba tan pegada a su cuerpo que parecía formar parte de su propia piel.

Pero su tercer pistolero había tenido suerte.

Acometido por un brusco acceso de terror, sólo pensó en huir, abandonando a su jefe. Saltó tras una pila de sacos y desde allí descubrió, cosa que no había imaginado, que podía atacar de flanco a Red.

No le veía totalmente; es decir, no podía tener la pretensión de matarle, pero sí, al menos, la de dejarle inmovilizado. Sus piernas se recortaban ante su punto de mira, a unas quince yardas.

Atinó la puntería y disparó.

Jezabel le había visto en el último momento. Crispándose, gritó:

—¡Cuidado, Red!

Pero era demasiado tarde. Cuando Red captó el aviso y quiso moverse, la bala ya estaba en camino.

Sintió un dolor terrible en el muslo derecho, junto a la cadera. Se llevó instantáneamente ambas manos a la herida y notó que brotaba de ella un torrente de sangre.

Aquél era el terrible peligro. Podía quedarse con el cuerpo «seco» en sólo unos minutos.

Soltó el revólver y, con un pedazo de su propia camisa, se dispuso a hacerse un torniquete, empleando como contrafuerte el cañón de su propio revólver. Así quedaba desarmado por el momento.

El pistolero que le había alcanzado lanzó un grito de triunfo. Entusiasmado, disparó dos veces más, pero ya Red no estaba ante su punto de mira.

Leyland gritó:

—¡Bien, Holmes!

La decoración había cambiado de repente. Con Red fuera de combate, podía decirse que él era el verdadero dueño de la ciudad.

Se puso en pie y corrió hacia Jezabel, a la que tenía a muy poca

distancia.

La muchacha le miraba con los ojos turbios. Parecía una fiera a punto de saltar.

Su mirada destilaba odio.

Pero poca cosa se puede hacer cuando no se cuenta con armas. Y ella no tenía más que aquel ridículo pedazo de cuerda.

—¿Qué vas a hacer? —murmuró Leyland—. ¿Ponerte a saltar a la comba con eso?

No esperó la respuesta de la muchacha. La sujetó por los cabellos y tiró brutalmente de ella.

Jezabel no gimió, a pesar del insoportable dolor. Notó que la arrastraban por el suelo. Vio de repente que era introducida en un local cerrado, pero ella no soltó su cuerda.

El local cerrado estaba lleno de barriles. Era una dependencia del saloon, pero allí no había nadie.

Leyland dio un golpetazo a la puerta.

Los dos se encontraron solos. El silencio les envolvió.

Leyland seguía sudando, pero ahora sus facciones reflejaban un diabólico placer. Miró a la muchacha, cuyo vestido, convertido en jirones, permitía ver algunas zonas de su cuerpo.

—Elena Dawson ha muerto —susurró—. Tú seguirás el mismo camino.

—¿Crees que no lo sé?…

—Vuestro rancho quedará sin dueño. Nadie me lo va a disputar entonces. ¡Absolutamente nadie!

Jezabel no contestó ahora.

Diríase que el rancho era lo que menos le importaba. Sus ojos seguían destilando odio.

Oyó entonces un nuevo disparo.

¿Habrían rematado a Red? ¿Habría terminado todo?…

Eso era lo que Jezabel temía, pero la realidad resultaba muy distinta.

Alguien había lanzado, desde el saloon, un revólver hacia Red. Y éste había logrado engarfiarlo entre sus dedos cuando el pistolero acudía a rematarle.

Pudo frenarle a tiempo. No le alcanzó, pero el sicario tuvo que refugiarse precipitadamente.

Les dos hombres, separados sólo por unas quince yardas, no se

veían, sin embargo. Había entre ellos barriles y una pila de sacos llenos de grano. El duelo podía durar mucho rato…, a menos que uno de los dos contendientes cometiese un descuido.

Y el descuido lo cometió Red.

Se movió, y la bala de su enemigo le rozó la cabeza, haciéndole caer hacia atrás y perder el conocimiento durante unos cuantos segundos, que el otro no supo aprovechar.

Aquel error, que pudo costarle la vida, lo cometió Red porque estaba desesperado.

Se daba perfecta cuenta de lo ocurrido con Jezabel. Sabía que Leyland la tenía ahora a su merced y que podía ocurrir cualquier cosa, hasta la más horrible.

No se hacía demasiadas ilusiones. Jezabel no saldría viva de allí si él no la ayudaba.

Pero estaba inmovilizado por aquel enemigo que le sitiaba, y, además, la pierna derecha era como un trasto inútil en su cuerpo. Tenía que arrastrarla difícilmente.

Leyland, mientras tanto, vivía uno de los mejores momentos de su vida. Tenía a su merced a una mujer tentadora y bonita y sabía que nadie iba a inquietarle.

Había otra cuerda —ésta, de esparto, muy rugosa—, entre dos barriles. La tomó entre sus manos y la dobló cuidadosamente, hasta formar una especie de vergajo corto y lleno de asperezas, que desharía la piel de la muchacha.

—Vas a saber lo que es la muerte lenta… —dijo—. Te arrastrarás a mis pies implorando que te perdone. Y puede que entonces lo haga, pero será con dos condiciones. Una, la venta de todos tus derechos sobre el rancho. La otra…, adivínala.

Jezabel la adivinaba.

No necesitaba mucho esfuerzo para eso.

Pero sus facciones no se alteraron. Sólo miró a Leyland con expresión de desafío.

—Vamos —murmuró—. ¿Cuándo empiezas? ¿Es que no tienes fuerzas ni para levantar esa cuerda?

El golpe la hizo estremecer.

Lo recibió en el cuello, y el esparto dejó en él una dolorosa marca.

Pero Jezabel no gimió. Y en sus ojos siguió brillando aquella

mirada de fiera dispuesta a saltar de un momento a otro.

Leyland rió silenciosamente.

Sujetó un borde de la falda de la muchacha y tiró de ella hacia arriba. La desgarró por completo.

Lo que se mostró ante sus ojos pareció enloquecerle. Descargó un segundo golpe y ahora dejó la marca en uno de los muslos de la muchacha, que tampoco gimió.

—Tratas de ser valiente, ¿eh? ¡Ya veremos lo que resistes!

Levantó la cuerda otra vez.

Por su parte, Jezabel no había soltado la que tenía entre las manos.

Con movimientos febriles, hacía en ella un nudo.

El proyectil restalló en la columna del porche, le arrancó astillas y fue a clavarse en la fachada de la casa, a sólo unos dedos del lugar donde Red estaba ahora.

Se había arrastrado para enfilar de flanco a su enemigo, pero éste no era tonto. Iba siguiendo uno a uno todos sus movimientos, y en esta ocasión había estado a punto de alcanzarle.

Un gesto mal calculado y todo estaría listo. Red lo sabía.

Apretó la cara contra las tablas, procurando pegarse a ellas para ofrecer poco blanco, y contuvo la respiración. Un pensamiento obsesivo le ocupaba en este momento:

«Necesito ahorrar balas… Ese maldito tiene un cinto canana lleno, pero yo no. Si consigue que vacíe mi cilindro, estoy listo…»

Vio las que quedaban. Tres.

Su enemigo debía pensar lo mismo, porque decidió obligarle a disparar. Se movió velozmente.

Red cayó en la trampa.

Apretó el gatillo, y la bala se perdió. Los dientes del joven rechinaron.

No debía caer en la tentación otra vez. Antes de disparar necesitaba estar muy seguro.

Su enemigo rió en silencio, a poca distancia.

Red debía tener el revólver casi vacío, y, además, iba perdiendo sangre. Nada más fácil que hacer perder los nervios a un hombre que está en esas condiciones.

Volvió a moverse, pero ahora Red no disparó.

Le observaba.

Su enemigo buscó ya descaradamente un flanco de tiro más favorable. Podía arriesgarse a hacerlo, puesto que Red sólo se permitiría el lujo de disparar sobre seguro. El joven se dio cuenta de que si su adversario variaba de posición, le batiría en condiciones óptimas.

Necesitaba jugárselo todo a una carta. Apretó el galillo de nuevo.

¡Y falló!

Sólo le quedaba una bala.

La pierna le dolía cada vez más.

Sabía que no iba a morir de aquello si un médico le atendía enseguida, pero la herida se transformaría en algo fatal si aquello duraba demasiado rato.

Hizo girar el cilindro. Puso el martillo del revólver sobre una recámara vacía.

El pistolero cambió de posición nuevamente. Red alzó el «Colt» y apretó el gatillo.

Sonó un brusco «tlic». El pistolero lanzó una carcajada.

Se levantó y corrió hacia él.

Mientras tanto, la muchacha había recibido dos zurriagazos más. Pero sus labios estaban apretados y no se habían separado ni una sola vez para quejarse.

Leyland estaba más excitado cada vez.

Sus ojos brillaban satánicamente.

De pronto soltó la cuerda y se arrojó sobre la muchacha. La visión de ésta, con las ropas destrozadas, le enloquecía. Trató de besarla.

Sus labios ardientes resbalaron por la mejilla de Jezabel, por su cuello.

—¡Eres tan hermosa! ¡Me gustas tanto, maldita!

Era extraño.

Jezabel no se movía. Jezabel se dejaba besar. Sus ojos seguían espantosamente quietos.

Por unos instantes atravesó por el pensamiento de Leyland la idea de que quizá ella estaba muerta.

Alzó la cabeza y, entonces, Jezabel se movió.

Sus brazos se enroscaron como serpientes.

En sus manos estaba la cuerda. Leyland hizo un gesto de

sorpresa al sentir su roce.

—¿Pero qué pretendes? —masculló.

Y de pronto sintió que la soga presionaba en su cuello. Notó que se cerraba en torno a él.

Aquello era… ¡un nudo de verdugo!

Su grito de horror resonó en la habitación. Intentó llevar la mano a su revólver.

Pero Jezabel no le dio tiempo. Sabía en qué parte del cuerpo tenía que presionar el nudo. Había visto demasiadas veces la posición que adoptaba la cuerda al estrangular a un hombre.

De la garganta de Leyland partió un ronco estertor.

Sus ojos se desorbitaban.

Las manos arañaron el aire. Las llevó al cuello y trató de apartar aquella soga que le ahogaba.

Lo consiguió sólo en parte, porque mientras tanto Jezabel no había perdido ni un segundo. De un ágil salto se puso en pie. Y entonces tiró del otro extremo de la cuerda.

La sacudida fue brutal.

Leyland exhaló una especie de estertor, mientras sus manos temblaban frenéticamente. Sus ojos se le salían materialmente de las órbitas.

Trató de ponerse en pie. Quiso llegar hasta la puerta, en un vano intento de fuga.

Fue inútil.

Jezabel tiró de la cuerda y le hizo caer de nuevo a tierra. Luego lo arrastró.

—Mi padre me explicó cierta vez que se tardaba unos quince minutos en morir realmente… —murmuró—. Tú vas a durar mucho menos…

Sí, Leyland tardaría menos en morir, pero, en cambio, su suplicio resultaría mucho más cruel.

Se daba cuenta de que su cuello no podía resistir más. De que iba a romperse.

De pronto sonó un terrible chasquido, y Leyland quedó espantosamente quieto.

Había sido ahorcado.

Jezabel tenía lágrimas en los ojos. Ahora era realmente la hija de un verdugo.

Siguió tirando de la cuerda, sin embargo, para convencerse de que Leyland estaba bien muerto.

Y entonces oyó un disparo en el exterior.

Un disparo y un grito de agonía.

Su corazón sufrió una sacudida. Miró obsesionada hacia la puerta, mientras ésta se abría poco a poco.

¿Era Red el que había muerto? ¿Llegaría ahora el pistolero de Leyland, dispuesto a terminar lo que no pudo acabar su jefe?

Bruscamente, la muchacha se inclinó. Tomó el revólver del muerto.

La voz dijo quedamente desde la puerta:

—No hace falta, Jezabel.

Ella alzó los ojos y vio a Red en el umbral. Red se sostenía difícilmente sobre una sola pierna, mientras la otra sangraba.

—¡Red!

—Mi enemigo se ha confiado —dijo el joven—. Ha pensado que ya no me quedaban balas en el revólver cuando aún conservaba la que iba a ser decisiva.

—Pero estás herido…

—No tiene demasiada importancia, si enseguida me atiende un médico. Lo único fastidioso es que tendré que andar mal una temporada.

Jezabel dijo impulsivamente:

—Yo te ayudaré…

Y de pronto quedó como paralizada, dándose cuenta de lo que significaba aquello. Por eso repitió, con voz temblorosa:

—Yo te ayudaré…, si tú quieres.

—Desde luego que quiero, Jezabel. Lo he querido siempre, pero no me atrevía a decírtelo. Y ahora, salgamos. Debemos cumplir con un deber fundamental.

Jezabel dijo con un soplo de voz, mientras las lágrimas quemaban en el fondo de sus ojos:

—Elena…

—Sí, a ella, me refería. La enterraremos donde tú digas.

Y Jezabel musitó:

—Sólo hay un lugar que a ella le gustaría… Un hermoso lugar entre dos árboles, que ya es muy querido para mí. Un lugar tranquilo y quieto para que repose una madre.

Los dos abandonaron la habitación. Los dos dejaron atrás a un hombre que había sido ahorcado por un lazo realmente maestro. Por un lazo digno de un verdugo.

FIN